

## FROILAN CARVAJAL: NOVELA E HISTORIA

CONCEPCION FERNÁNDEZ-CORDERO Y AZORÍN

*Universidad de Alicante*

### A) EL MITO DE CARVAJAL EN SENDER: «MR. WITT EN EL CANTON»

En diciembre de 1955, Ramón J. Sender escribió desde New York una carta a la revista literaria *Insula*, en la cual rogaba que se publicara en la misma una declaración suya protestando de que en otra revista, *Ateneo*, se le hubiese calificado de comunista. Nuestro autor rechazaba terminantemente esta ideología. Después de la guerra del 36 el novelista se refugió en Méjico y fundó allí la editorial *Quetzal* (de clara nomenclatura azteca). En la nación hispanoamericana, pródiga con los intelectuales de la «España peregrina» en hospitalidad y amparo, se encontraba otro exiliado político: León Trotsky (hasta su asesinato en 20 de agosto de 1940). Le acompañaban algunos de sus incondicionales. Ambos entraron en contacto. Se deduce así apriorísticamente de la lectura de la bibliografía senderiana<sup>1</sup>, donde se da cuenta de un artículo compuesto por Sender que giraba en torno a «unas entrevistas que tuvo con el escritor comunista en Méjico». Debieron tratar de los crímenes y purgas stalinistas (los procesos y ejecuciones de viejos bolcheviques en las décadas de los 20 y de los 30). Ello modificaría, en sentido todavía más peyorativo, el concepto que el aragonés tenía del georgiano, proceso

<sup>1</sup> Vid. Charles King, *Una bibliografía senderiana española*, pág. 640; y Ramón J. Sender. *In Memoriam. Antología crítica*, edición al cuidado de José Carlos Mainer, págs. 445 a 472, Zaragoza, 1.ª edición, febrero de 1983.

que ya se había iniciado con anterioridad. José Carlos Mainer ha aclarado esta trayectoria mental<sup>2</sup>.

En el prólogo de la novela *Los cinco libros de Ariadna* (página VII), Sender declara haber actuado en 1934-36 «cerca de los de Moscú y por cierto con una lealtad a toda prueba». Sin embargo, esta obra significa «la puntilla al minotauro comunista», del cual parecía admirador incondicional en *Contraataque*, y el regreso de Sender a sus simpatías originales por los anarquistas con los cuales se mezcló en una etapa anterior a 1933, aunque confesaba que era incapaz de sentirse totalmente identificado con ellos. Los mismos anarquistas que en 1937 fueron tratados desdeñosamente con descalificaciones como: «infantiles», «simplicidad de reacciones», «frenesí por la libertad», «sentimiento atávico religioso»... merecen en *Ariadna* los elogios más entusiastas y constituyen el elemento más sano moralmente de las fuerzas populares. Aparte de otros condicionamientos, a los que luego aludiremos, no hay que perder de vista que, después de la guerra española, el pacto entre Stalin y Hitler de agosto de 1939 —hoy contemplado como meramente oportunista y coyuntural tanto por el lado soviético como nazi—, produjo entonces un tremendo golpe psíquico a los antifascistas europeos, que lo tildaron de enorme traición. El totalitarismo de izquierdas y derechas quedó seriamente cuestionado por buena parte de la intelectualidad.

Efectivamente, la editorial *Quetzal* publicó el libro *Caníbales políticos* cuyo autor es Julián Gorkin, donde se establece una comparación entre Hitler y Stalin: ambos son encarnación del arquetipo de déspota sanguinario, paranoico, sin escrúpulos. Sender y Gorkin estaban ligados por su común vinculación a la revista anticomunista *Cuadernos*, editada en París y dirigida por el último, en la cual el antiguo mancebo de farmacia Sender publicó varios artículos. Por otro lado, hubo más coincidencias que reforzaron, en esta etapa de exilio mejicano, la fobia antimoscovita del aragonés. El ex-trotskista belga Víctor Serge, autor de *Memoirs of Revolutionary* (obra antistalinista), vivía en

<sup>2</sup> Vid. el estupendo artículo de J. Carlos Mainer en «Andalán» y *op. sup. cit.* sup., págs. 67 a 69.

Méjico en los años 40. Tampoco es casualidad que Joaquín Maurín prodigue toda clase de alabanzas a Sender en una pequeña recensión o reseña de *Réquiem por un campesino español*, la cual figura en la portada de *Los noventayochos*. Los tres (Maurín, Gorkin y Serge) estuvieron muy comprometidos con el P. O. U. M., organización marxista antistalinista muy perseguida por los comunistas «oficiales» durante el conflicto bélico español de 1936-9. Resulta muy lógico que todas estas personas, al tratar en Méjico a Sender, ejercieran ascendiente sobre él.

Sin embargo, *Ariadna*, primera versión del primero de *Los cinco libros de Ariadna*, se publicó en 1955, casi a los diez años de que Sender hubiera abandonado Méjico. Aparte de su sinceridad en esta trayectoria de cambio intelectual y sentimental respecto a una determinada opción política (de la que no tenemos por qué dudar y a la que tenía perfecto derecho), destaquemos que no fue ajena a semejante mutación una cierta dosis de oportunismo. Sender, ahora residente en Estados Unidos, para eludir la sistemática «caza de brujas» de elementos filocomunistas, desencadenada en 1950-54 por el senador Joseph Mac Carthy, tiene que renegar de sus antecedentes comunistas más inmediatos (desvelados en *Contraataque*) y justificarse por sus propios antecedentes mediatos o más remotos: sus simpatías por la vena ética de los anarquistas. Para eso escribe *Los cinco libros de Ariadna*, para asegurarse su estancia en su nuevo país de adopción. Javier Baena, en su anticomunismo feroz, encierra todo el dogmatismo, el fanatismo y la saña de los neófitos o conversos; viene a ser un trasunto del propio autor<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> *Los cinco libros de Ariadna* son una retractación política pública, una profesión de fe anticomunista escrita en 1955 en sus comienzos. Por eso, en contraste con la intransigencia, bastante inhumana, de los comunistas, Alvear se ha provisto de un carnet de la C. N. T., buena prueba de su «liberalismo humanitario», concorde *ahora* para Sender con el de la sindical ácrata.

«¿Qué es un libertario? No es más que un hombre generoso con el espíritu liberal de nuestros abuelos del siglo XIX. A nosotros no nos dan cuidado los libertarios. Hemos estado juntos en la misma barricada. En las barricadas constitucionales del siglo XIX». He aquí un nexo recuperado con Carvajal. Pero que se vuelve a perder, dado que Carvajal fue un avatar en los 60 del XIX del libertario cristiano o «comunista cristiano». Y en *Los cinco libros de*

Desde entonces su furia anticomunista no menguó, como lo acreditan sus frecuentes colaboraciones en revistas hispanoamericanas, norteamericanas y europeas de esa filiación. Su labor le valió ser nombrado en 1969 ciudadano de honor de Los Angeles, donde tenía su domicilio. Y la muerte le sorprendería en San Diego (California), en 16 de enero de 1982, apenas un mes antes de cumplir los ochenta y un años de edad.

Cuando, después de fallecer el general Franco, Sender hizo un breve viaje a España, defraudó a los entusiastas de *Imán* y *Contraataque*, que esperaban al Sender legendario, luchador político y militar en la guerra civil, con familiares fusilados en la zona vencedora (su esposa, su hermano). Aquél era ya historia y leyenda y éste, un anciano escéptico que aspiraba a acabar en paz sus días. Mas no hay que olvidar que hubo un Sender, anterior a 1933 —*Mr. Witt en el cantón* aparece por primera vez en 1935— que al igual que Baroja, sintió una auténtica simpatía (sentimental y romántica) por el anarquismo. Y que esos nexos se restablecieron más tarde, colaborando en revistas del anarquismo español exiliado en Méjico, pero no ya por impulso espontáneo sino por reflexionada estrategia defensiva. Habiendo rechazado el comunismo, en cuanto a refugiado español en U.S.A., se ve obligado a restablecer su pasado «revolucionario» y «democrático», lo que realiza aproximándose otra vez a la ideología y organización anarcosindicalista, escribiendo en publicaciones de esta tendencia, como la revista *C. N. T. Méjico*, y

*Ariadna* el anticomunista Sender rechaza hasta el comunismo cristiano (subyacente en el anarquismo), de raíces, por otro lado atávicas, milenarias, pues en este caso el primer epíteto, aunque contrarrestado por el segundo, puede parecer abominable y sospechoso al macarthysmo.

Así, cuando el monárquico Alvear asevera a Javier Baena —«alter ego» de Sender—: «Acepto soluciones mucho más radicales de lo que usted cree. Acepto hasta el comunismo cristiano. Porque el comunismo puede estar muy bien, en eso estoy de acuerdo con ustedes». Baena corta de un modo tajante: «No conmigo. Yo no soy comunista». Es decir, Sender, en 1955 abjura de las ideas de Froilán Carvajal, que se traducen en los artículos de *La Revolución*, que el aragonés debió manejar, y de las suyas propias del «comunismo apolítico» expuestas, ya en pleno proceso de conversión ideológica, por boca de Federico Salla en *Proverbios de la muerte*, primer libro senderiano de la postguerra.

propagando ideas libertarias —a veces un tanto descafeinadas<sup>4</sup>— en sus nuevas obras.

Esta cronología es la clave de que Froilán Carvajal nos sea presentado en la novela *Mr. Witt en el cantón*, concebida en la época procomunista y prosoviética del autor, como un revolucionario anticlerical que se niega a confesar antes de ser fusilado<sup>5</sup>. Leyendo los ejemplares del diario *La Revolución*, de Alicante, del cual aquél fue redactor jefe, llegamos a la conclusión de

<sup>4</sup> Vid. la anterior nota 3. Aunque cuando escribe *Mr. Witt en el cantón* Sender ya ha optado por el comunismo prosoviético, queda patente su simpatía por el anarquismo. Son destacadas las virtudes de los cantonalistas y anarquistas: coraje, idealismo, solidaridad humana, aunque no se detiene, al menos minuciosamente, en las consecuencias de sus «acciones», en ocasiones violentas, crueles y brutales. Cree que su lucha por cambiar la sociedad es titánica, desesperada y condenada de antemano al fracaso. En la introducción a *Siete domingos rojos*, Sender manifiesta: «Si alguien me preguntase: ¿Usted cree que el anarcosindicalismo es un factor esencial en la política española?, mi respuesta sería: Sí, y eso ni hoy ni nunca puede ser olvidado. Pero en esta misma obra Sender expresa sus más serias objeciones a la doctrina anarquista: *Las sociedades no están basadas en las virtudes de los individuos, sino en un sistema que controla sus defectos a base de limitar las libertades de cada uno*». (El subrayado es nuestro. RAMÓN J. SENDER, *Seven Red Sundays*, traducción de Sir Peter Chalmer Mitchell, Londres, Faber and Faber, 1936, pág. 15; y Ramón J. Sender. *In Memoriam*, op. cit., págs. 155 a 175.)

<sup>5</sup> Vid. SENDER, *Mr. Witt en el cantón*, 2.ª ed., Alianza Editorial, 1969, pág. 114, donde al rechazar Carvajal los Sacramentos el sacerdote exclama en valenciano (los hechos ocurren en Ibi): «No vol confesá! ...Un esperit descarriat, ofusat». Mientras que un testigo anónimo que relata su muerte en *La Revolución* —diario alicantino que hemos utilizado de modo exhaustivo— afirma todo lo contrario en los párrafos allí reproducidos en 26 de julio de 1870 (cuando murió Froilán la prensa estaba sometida a censura, suspendidas las garantías constitucionales, por eso fue muy parca en comentarios, que se publicaron después): «Me dirigí entonces a la cárcel-capilla... donde encontré a Carvajal que hizo una contricción edificante... yo llorando, y él con la serenidad de un caballero cristiano (que) guardó hasta su muerte, con la admiración de los que lo presenciaban».

Este testigo anónimo podía magnificar el cristianismo de Carvajal y utilizarlo como una estrategia defensiva para hacerle menos sospechoso a las clases conservadoras y acomodadas. No se falsearon ni manipularon estos hechos. Carvajal dejó escrito un libro, *El faro de la niñez*, donde exhortaba a los niños a creer en Dios por encima de todo y a dar la vida en servicio de la religión y de la Patria. (Se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid y nos ha

que era profundamente creyente y de que estuvo ligado a círculos internacionalistas y a los pioneros más destacados del socialismo español, pero que por su pureza, su carga sentimental proclive a la mitomanía y otras muchas más connotaciones, el tipo humano de Carvajal estuvo más próximo al de los líderes anarquistas.

Es hora ya, trazadas las coordenadas mentales del autor, de abordar el mito de Carvajal en la obra senderiana.

Antes que Sender, don Benito Pérez Galdós trató de este personaje, aunque de modo superficial, en uno de sus *Episodios Nacionales*, el titulado *Prim*. Galdós, en 1868, convirtió el relato de los sucesos de 1823 (los Cien Mil Hijos de San Luis y la reacción interna acabando con el trieno constitucional) en un aviso de cara al futuro. Sender, en 1935, ve en los acontecimientos cantonales de Cartagena en 1873 una premonición de lo que luego será la guerra civil del 36 (con toda la carga de heroísmo, el inmenso sufrimiento humano, la insensatez, y lo infructuoso del esfuerzo gravitando sobre las espaldas de las masas populares). En el primer plano de la novela senderiana aparecen los valores individuales y sociales (espontaneidad, sinceridad, generosidad, solidaridad y valentía) que constituyen la mayor fuerza de los anarquistas y cantonalistas (al lado de su irracionalidad y violencia). Junto a ellos —por encima de ellos— se sitúan la bravura y magnanimidad de Froilán Carvajal, el héroe sacrificado en Ibi en octubre de 1869, y el entusiasmo de Milagritos, producto del sentimiento y no de la reflexión, tanto por la causa popular como por su inolado primo, de quien en su fuero interno sigue estando enamorada. En el extremo opuesto, el espíritu crítico de Mr. Witt, que con sus celos, primero por Carvajal (no gestionando en modo debido su indulto) y luego por Colau, atraviesa un

sido fotocopiado). No quiso que le taparan los ojos con el pañuelo que, en *Mr. Witt en el cantón*, guardaba su prima Milagritos en una urna de cristal. Y mientras la balas le acribillaron el cuerpo gritó: «¡Viva la República Federal!». Estos detalles pueden verse ampliados en mi trabajo: «El republicanismo federal en Alicante. Froilán Carvajal y el diario "La Revolución"», en *Anales de la Universidad de Murcia*, Historia Contemporánea, n.º 3, nota 33. En el mismo no se contemplan las cuestiones literarias, sí las históricas desde otro enfoque.

proceso de introspección y degradación moral paralelo al endurecimiento de su sensibilidad social (de la que no carecía al principio del relato). Y, por último, la disparidad entre los sacrificios y los resultados: las tremendas privaciones del pueblo del cantón, su desnutrición, la muerte en una ciudad asediada y bloqueada; donde nadie está a salvo de la explosión de las granadas. Todo ello comporta un intento deliberado de mostrar la parte afirmativa del movimiento anarquista, su atractivo estético y emocional más que su aspecto racional.

Cuando de los movimientos obreros contemporáneos se trata, Sender exhorta al lector a ponderar: «la enorme disparidad entre lo que las masas revolucionarias han dado y continúan dando y lo que han obtenido a cambio. Lo mismo entre la fuerza que ellos poseen y la eficacia con que la han utilizado»<sup>6</sup>.

Galdós presenció la destrucción de la Primera República Española, de la cual fue en parte responsable la precipitación e ineptitud del movimiento cantonalista (como ya destacó el propio Pi y Margall). La descripción galdosiana del cantón cartagenero en *La Primera República* subraya la confusión y la falta de juicio de los cantonalistas. «La Musa de la Historia» expresa que le han decepcionado, pero justifica y alaba sus aspiraciones<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> *Seven Red Sundays*, pág. 14; vid. *Mr. Witt en el cantón*, *op. cit.*, pág. 100, donde se lee: «Es una fuerza la decepción del campesino y son una gran fuerza incluso las lágrimas de una mujer por el hijo llevado a la guerra del Norte. Es una fuerza también el hambre de los niños...». La exhortación es de Antonete a Mr. Witt y acaba con una frase bíblica —prueba de la nota ética y religiosa de los insurgentes del sexenio—: «Pero al final el barro de la Biblia, el hombre salido del barro, dará forma permanente a las sociedades». Mr. Witt comprende que Antonete no tiene nada que ver con el socialismo científico aunque pretenda ser práctico y no utópico..

<sup>7</sup> Galdós asevera por medio de «La Musa de la Historia» —narradora del relato histórico—: «Te mandé a la correría de Contreras por el Mediterráneo para que vieras por ti mismo la incapacidad de esta gente. Ya te habrás convencido de que nada valen los corazones valientes si las cabezas están vacías. Contreras no hizo nada de provecho, y de añadidura le quitaron las fragatas, que sabe Dios cuándo volverán a ser españolas». En *Obras Completas*, vol. III, pág. 1.163.

— Resulta magnífico el discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia de D. José M.<sup>a</sup> Jover Zamora: *La imagen de la Primera República en la España de la Restauración*, Madrid, 28 de marzo de 1982, con abundantes citas a la versión galdosiana de la misma.

Sender atribuye su fracaso a su falta de organización. Si Galdós y Sender coinciden en el diagnóstico de los motivos de la derrota cantonal, también lo hacen en su común simpatía por Froilán Carvajal a causa de la demofilia de éste por ambos compartida. (A don Benito se debe la democratización de la Historia de España en versión novelada, gracias a sus famosos *Episodios Nacionales*.) Para Galdós, pero más para Sender, Froilán Carvajal fue un mito. Existen dos tipos de mito: los del «establishment» y los del pueblo; los «oficiales» y los «populares». Sender lo expresa, de modo claro y maniqueo, a Mr. Witt por boca del líder cantonal Antonete (Antonio Gálvez):

—«Mr. Witt. Están sucediendo cosas que obligan a todos los ciudadanos a tomar partido en pro o en contra. Y no quiero saber de usted si está con nosotros o contra nosotros. Un extranjero tiene derecho a reservar sus opiniones. Pero quisiera saber si está usted enterado de que hemos dado a un fuerte el nombre de un miembro de su familia, el héroe Carvajal, asesinado hace cinco años por la reacción».

.....

—«Es un homenaje a su memoria y mi esposa y yo lo agradecemos».

.....

Comentario de Antonete: «Claro es que la simpatía de Francia nos cuesta el odio de Alemania. Pero... ni Alemania ni Inglaterra juntas nos vencerán ya. Tendrán más cañones y mejores, pero los cañones sirven de poco contra las ansias de redención de todo un pueblo».

.....

Mr. Witt: «Las ansias de redención no representan gran cosa ante las flotas blindadas de las grandes potencias, señor Gálvez».

.....

Antonete: «Opino en cierto modo como usted. En la vida todo consiste en un juego de fuerzas. En la vida física y en la moral. ¡Pero también es una fuerza el sentir del pueblo, el pensar de sus jefes! Con las manos en los bolsillos un pueblo encendido de fe puede hacer grandes cosas, señor Witt».

.....

El ingeniero no lo creía, Antonete siguió:

—«Es una fuerza la decepción del campesino y son una gran fuerza incluso las lágrimas de una mujer por el hijo llevado a la guerra del Norte. Es una fuerza también el hambre de los niños. El hambre de esos pilluelos de Santa Lucía y Quitapellejos, a los que se saca usted de delante dándoles una moneda, es una gran fuerza. Nada se pierde en las relaciones sociales, en las condiciones de vida como en la Naturaleza. Todo se trans-

forma, todo se busca y se compensa. No tenemos miedo a los cañones de Inglaterra, Mr. Witt. Cada granada creará el llanto, el luto y el odio en dos o diez familias. Y ese llanto y ese odio acabarían por fundir los blindajes y los cañones. *La simple diferencia entre su manera de ver y la mía es bien simple: yo creo en el hombre. Usted cree en la fuerza que el mito religioso, el mito aristocrático, el mito imperial se han organizado a su alrededor. Pero al final el barro de la Biblia, el hombre salido del barro, dará su forma permanente a las sociedades, Mr. Witt*». (El subrayado es nuestro).

.....

El flemático ingeniero británico vio con gusto que el diálogo político iba derivando a la filosofía y objetó a Antonete:

—«Pero esos mitos ¿no han sido creación del hombre? ¿No podrán volver a ser creados espontáneamente por el hombre mientras haya uno solo sobre el planeta?».

.....

Contestación del caudillo popular: «El hombre no ha creado esos mitos, sino el antihombre. Han salido de lo inhumano, de lo primitivo. Son supervivencias de tiempo en que el hombre era un animal intermedio entre la fiera y el ser racional. La hiena lucha contra la hiena y el hombre contra el hombre. Pero hace muchos siglos que el hombre ha aprendido el amor y la solidaridad. Y ese hombre lucha contra los que siguen ignorándolo y cada día la lucha será más feroz. *La solidaridad y el amor han transformado la lucha de la hiena contra la hiena en la de un sector social contra otro sector antisocial. Y no crea usted —advirtió, subrayándolo mucho— que yo soy internacionalista*».

.....

Sigue Antonete: «*No soy socialista, prácticamente, aunque en el fondo esté de acuerdo con ellos. No soy socialista porque no son momentos para utopías*».

.....

Mr. Witt (que con esta contestación debió quedar perplejo, pues: «Veía en aquellas frases unión bíblica, desatado idealismo. No concebía así el pensamiento de un socialista»), hace ver a Antonete que él es otro mito, a lo que éste asiente: «Si, en cuanto yo represento el pan y la libertad. El pueblo no se equivoca nunca».

.....

Y sigue una alusión a La Comuna de París (primavera de 1871) por parte de Antonete: «En París han luchado por el pan y la libertad también, y, a pesar de los fracasos, gran parte del terreno ganado no se pierde nunca. Nos acercamos, Mr. Witt, al fin. El amor y la solidaridad van obrando milagros».

.....

Antonete expresa que no desea sangre y que pondrá a las *hienas de Madrid* en el dilema de aplastar o de ser aplastadas, pero que prefiere pactar con ellas.

—«Ya sabe usted, Mr. Witt. No queremos sangre. Si se nos ataca nos defenderemos. En los procedimientos seguidos hasta ahora todo ha sido limpio y correcto y vamos al pacto».

.....

Objeción del inglés: «Sólo es posible el pacto entre fuerzas semejantes». (Observamos el influjo de las ideas de Proudhon y Pi y Margall en Antonete y Mr. Witt.)

.....

Antonete alude a la excelsitud de la causa cantonal:

—«¿Quiere usted que me defienda, que le explique por qué nosotros no somos hienas? Usted es muy inteligente, Mr. Witt y no necesita esas explicaciones. Pero además, usted pasa del concepto moral al político. Y así sería difícil entendernos. Yo le pido que piense despacio en todo esto. Quizás hoy mismo, y si no mañana, vendrá de Madrid un acuerdo situando fuera de la ley a nuestros soldados, a los que llamará forajidos. A nuestros barcos, a los que declarará piratas. Será poco inteligente, pero muy probable, a pesar de la dulzura del señor Pi y Margall. Para ese instante nosotros necesitamos su ayuda. No me conteste usted. No necesito que me conteste. Yo me limito a decirle que Mr. Turner (se refiere al cónsul británico en Cartagena) es un funcionario indeciso y que usted puede decidirle. Eso es todo».

.....

Y Antonete, que en determinado momento de la conversación «echó el humo al techo con violencia» y había mirado a Mr. Witt «con aquellas expresión mixta de rudeza y amor», se levantó para despedirse («la fuerza elemental no quería seguir empleándose en filigranas»). Y acabó así su entrevista:

—«Permítame que abrace a un familiar de Carvajal, del héroe muerto por el amor y la solidaridad humanos<sup>8</sup>».

Carvajal, mito de Antonete y de Milagritos en la novela *Mr. Witt en el cantón*. De Galdós y de Sender en la realidad. De un Galdós que acabará comprometiéndose en favor de Pablo Iglesias y de la conjunción republicano-socialista en 1910. De un Sender que estuvo en Moscú con visado soviético antes del estallido de la guerra civil del 36, que admiró en los comunistas españoles su disciplina y organización, pero que acabó desaprobando su docilidad a las consignas de Stalin. La defección de la burguesía de sus postulados democráticos y liberales se consuma en el relato senderiano con el abandono de Mr. Witt y su es-

<sup>8</sup> *Mr. Witt en el cantón*, op. cit., págs. 98 a 103.

posa, que salen de Cartagena en pleno bombardeo. En la realidad, hemos encontrado, gracias a la investigación histórica, la traición de Maisonnave a la causa popular de los obreros y menestrales alicantinos liderados por Marcili Oliver, el homólogo sobreviviente de Carvajal. Un Maisonnave, ministro con Castellar, que contribuyó a reprimir duramente los sucesos cantonales de Cartagena y felicitó a los habitantes de Alicante y de Almería por haber repelido la agresión de las fragatas insurgentes de aquel cantón. Es el siglo XIX de la Historia de España enlazando con el XX, sin ningún eslabón perdido de la cadena, gracias a fuerzas que luchan, chocan y se transforman como advirtió a Mr. Witt ese Antonete senderiano que parece hubiera leído a Hegel (cuyo imponente fue notable en Pi y Margall), Feurbach o al «joven Marx»<sup>9</sup>.

Establecido el precedente de Galdós en Sender, antes de diseccionar el contexto histórico alicantino en que se desarrolló Froilán Carvajal y Rueda, indagaremos en la estructura y en la temática de esta magnífica obra senderiana: *Mr. Witt en el cantón*, que ha pasado por ser meramente un análisis psicológico de un matrimonio desigual en gustos y en edad y de unas masas que sirven de mero acompañamiento orquestal (instintivas, primarias, pueriles, brutales), cuando, en pureza, nos encontramos ante un relato político-social de primera magnitud.

Efectivamente. Con bastante frecuencia, al referirse a esta producción senderiana, han resaltado los críticos-literarios el estudio anímico de la figura de Mr. Witt (sorprendido en pleno climaterio y en corolario con éste su decadencia física y su encañallamiento moral), y han desestimado u obviado, dejando en un plano muy secundario, la recreación histórica patente en la novela. Corrales Egea, refiriéndose a la novelística de la década de los treinta, asegura que «refleja muy pobremente las realidades coetáneas, sobre todo si la comparamos con la novela de la generación galdosiana». Y agrega que *Mr. Witt en el cantón*: «retrotrae al lector de su tiempo a hechos ocurridos mucho antes, y

<sup>9</sup> *Ibidem*, pag. 100. Vid. la anterior nota 6.

además estos hechos son sólo un telón de fondo sobre el que aísla una pareja: Mr. Witt y Milagritos»<sup>10</sup>.

No se aparta mucho de este juicio infravalorativo hacia el trasfondo histórico y la morfología revolucionaria del relato senderiano, la opinión de Marcelino C. Peñuelas al escribir que: «el tema social y revolucionario aparece también en *Mr. Witt en el cantón*, aunque aquí ocupa un lugar menos destacado que en las obras anteriormente mencionadas. La narración es psicológica con fondo histórico, y se desarrolla dentro del violento ambiente de la sublevación cantonal de Cartagena en 1873»<sup>11</sup>.

Para nuestro criterio, conocedor de la novelística galdosiana y perediana, *Mr. Witt en el cantón* no tiene nada que envidiar a las novelas pseudo-históricas de Pereda, ya se trate de *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (caricatura de la Septembrina del 68 en un pueblo rural de Cantabria: Coteruco de la Rinconada) o de *Pedro Sánchez* (anatomía de las jornadas de la Vicalvarada del 54, de las cuales fue testigo presencial el autor en Madrid). Quizás no alcance la cota de Galdós, pero no queda por debajo de la trilogía de Gironella (*Los cipreses creen en Dios*, *Un millón de muertos*, *Ha estallado la paz*), o de *Las últimas banderas*, de Angel María de Lera, todas ellas posteriormente escritas. Y esto, a pesar de su brevedad.

Una primera y rápida lectura ya nos pone de relieve que lo esencial no es el ingeniero inglés, sino el pueblo de Cartagena y su experiencia cantonal. El peso de la narración y las intenciones de Sender (desde la óptica «sartreana» del *intelectual comprometido*) recaen sobre el cantón más que sobre Mr. Witt. La obra se compone de 21 capítulos de los cuales el «mister» está por completo ausente en nueve. De los doce restantes, solamente dos (el 1 y el 8) se destinan a su persona y a sus problemas

<sup>10</sup> CORRALES EGEA, «Entrando el liza. Cinco apostillas a una réplica», en *Insula*, n.º 152-153, 1959, pág. 26. Francisco Carrasquer reaccionó contra estas declaraciones en *Imán*, y en *La novela histórica de Sender*, Tamesis Books, Londres, 1970; vid. JAIME PÉREZ MONTANER en *Ramón J. Sender. In Memoriam...*, op. cit., págs. 323 a 332.

<sup>11</sup> *La obra narrativa de Ramón J. Sender*, Ed. Gredos, Madrid, 1971, pág. 94.

psicosomáticos y conyugales. Se trata de una novela muy bien concebida y orquestada, la más *naturalmente clásica*, en opinión de Pérez Montaner, de todas las de Sender. La acción discurre a dos niveles básicos: el propiamente histórico (el cantón de Cartagena) y el novelesco-psicológico (Mr. Witt). Sin duda que es este el personaje mejor estudiado y analizado; pero las circunstancias de su entorno (la intrahistoria del cantón, las masas desbordadas, el asedio y bombardeo del puerto) le acaban arrollando. Las «circunstancias» importarán más que el «yo» de Mr. Witt (al juicio de la Historia y al interés del lector inteligente).

La propia Milagritos, personaje eminentemente popular por su simpatía hacia los cantonales (aunque propietaria de buenas fincas en Lorca, aparente contradicción que le recalca su reticente esposo), no es más que un nexo o puente entre el protagonismo histórico de esas masas y Mr. Witt. Cura a los heridos de ellas y se liga afectivamente a uno de sus cabecillas, «Colau». Para Mr. Witt, que está entrando en la vejez: «es lo único que me liga a la vida»<sup>12</sup>.

Desmenecemos cómo se va desarrollando la acción en los dos niveles apuntados. La novela se halla dividida en tres libros, lo que resulta válido para destacar el proceso anímico de Mr. Witt. En el primer capítulo del libro primero, Sender nos presenta a este personaje: su talante y su mundo, esto es, su profesión, nacionalidad, gustos, normas de vida, etc., todo ello esbozado con grandes trazos. En los capítulos 4, 6 y 7 descorre el velo de la historia íntima del mismo, sus dudas, temores e infidelidades en tono menor. El capítulo 8 da la clave de su conciencia dividida, bipolarizada, pues en él se relata su gran traición a Milagritos: su negligencia por causa de los celos, en lo relativo al indulto de Carvajal, lo que le convierte en copartícipe pasivo de su asesinato. En la novela senderiana de él, exclusivamente casi de él, Mr. Witt, dependió la salvación de Froilán. (En la realidad de personalidades bien distintas: Sagasta, ministro de la Gobernación; Prim, titular de la cartera de Guerra; González Llana, gobernador civil de Alicante; brigadier Felipe Benicio y Navarro, go-

<sup>12</sup> *Mr. Witt en el cantón*, op. cit., pág. 271.

bernador militar, y Maisonnave alcalde de la misma ciudad). A partir de ahora (ha salido a la superficie el sentido de culpa) sabemos que Mr. Witt no es el caballero impecable que creíamos al comienzo del relato. Bajo su apariencia elegante (extravagante para el pueblo cartagenero que le llama *Mr. Gûñ*) se esconden la bajeza, el egoísmo, los instintos primarios que él desaprueba en la plebe. En el libro segundo se insiste en estos aspectos negativos de su personalidad (en el capítulo 10 llega a romper, por causa de la ira incontralada, la urna donde Milagritos guardaba el pañuelo de su primo Froilán); se inician los nuevos recelos de Mr. Witt, esta vez causados por el atractivo de Colau. (De algún modo, dadas estas felonías de Mr. Witt, se predispone al lector en favor de Milagritos para cuando ésta consume su adulterio). La envidia y los celos de Mr. Witt, pero también el «elán vital de las masas», la fuerza de los acontecimientos populares y la decidida participación en ellos de la locuaz Milagritos provovan el desgarrón definitivo de las relaciones conyugales. Los celos por Carvajal y Colau los extiende y proyecta el ingeniero británico a la misma revolución de Cartagena. Este jirón espiritual es traspolado por Sender, al final del capítulo 12, a las sábanas rasgadas por la joven esposa con ayuda de las tijeras: «sábanas de boda que estaba haciendo trizas para los heridos»<sup>13</sup>. Mr. Witt contempla en silencio la escena y piensa que ella se ha entregado con más entusiasmo y pasión a esta causa que nunca a sus brazos. Ahora comprendemos su actitud ambigua ante los hechos del cantón (esa diplomacia circunspecta y ladina en la escena antes descrita con Antonete)<sup>14</sup>.

En el libro tercero ya estamos ante un Mr. Witt desmoronado, que pierde lo poco que le quedaba de su propia estima y dignidad, cuando busca las cartas de Carvajal a Milagritos, las cuales arroja al fuego junto al pañuelo con que el infeliz no quiso que le taparan los ojos al ser fusilado. Entre las llamas distingue una nota en la que Colau citaba a Milagritos en la bahía de la Al-

<sup>13</sup> *Ibidem*, págs. 185-186.

<sup>14</sup> *Ibidem*, págs. 98 a 103.

gameca. Mr. Witt una vez más acepta su culpabilidad en la muerte de Carvajal y buceando en su interior comprende lo desatinado de su actuación. El no es mejor que los cartageneros: «¿Qué diferencia podría haber entre aquel caso suyo y los otros? Quizás sólo una: —Mi indignidad era consciente, y la de ellos no lo es»<sup>15</sup>.

La obra termina con un final casi apocalíptico, la última traición de Mr. Witt: la provocación del incendio de la fragata *Tetuán* y su posterior huida, junto con Milagritos, de Cartagena. Ya no es persona, es una de esas hienas a las que aludió Antone<sup>16</sup>.

Para la narración histórica de los acontecimientos revolucionarios (el otro nivel o plano), Sender estructura la novela en torno a siete partes, que se corresponden con siete meses importantes en la prehistoria e historia del cantón de Cartagena. En marzo y mayo se contempla el ambiente de la ciudad marítima y minera en los inicios de la recién proclamada República. El capítulo 2 nos introduce en una de las zonas más vitales de la Cartagena prefederal, el barrio portuario del Molinete, que sirve de amplificador de la actividad político-social ciudadana, donde se citan la marinería y los obreros del arsenal; en él puede pulsarse la opinión popular a través de sus cantes, como la copla cartagenera que se escuchaba en la taberna de «la Turquesa»:

Quieres, Marín, que yo cante  
al clero y la monarquía;  
no comprendes ignorante,  
que esa opinión no es la mía.  
¡Que vaya el nuncio y les cante!<sup>17</sup>

O el final del pequeño romance con que termina el capítulo (donde se logra trazar el «pathos» de las masas cartageneras íntegramente):

<sup>15</sup> *Ibidem*, pág. 242.

<sup>16</sup> *Ibidem*, págs. 100 a 103.

<sup>17</sup> *Ibidem*, pág. 23; véase el trabajo de JUAN BAUTISTA VILAR, *El obispado de Cartagena durante el sexenio revolucionario*, Murcia, 1973.

Antonete está en la Sierra  
y no se quiere entregar.

.....  
No me entrego, no me entrego,  
no me tengo de entregar  
mientras España no tenga  
República federal<sup>18</sup>.

Con el capítulo 3 se inicia plenamente la acción de la novela. En pocos renglones nos traza Sender la estructura socio-profesional de la urbe y nos conduce de inmediato a los barrios de Quitapellejos, Santa Lucía, el Hondón y Escombreras, barrios pobres, de obreros, campesinos y marineros que nutrirán las filas del cantón (sus hombres, cuando la tragedia se consume, serán las víctimas de la epopeya). Se habla entre ellos de la Revolución Francesa, la Internacional, la Comuna de París, se leen los escritos de Garrido o Roque Barcia, se protesta contra las quintas y las matrículas de mar y se organizan sociedades de resistencia. La máxima acción entra en la escena con Manolo Cárceles, uno de los futuros protagonistas del cantón, que organiza una manifestación contra Serrano y con motivo de una revuelta popular, de matiz estrictamente social, inducida por Paco el de «la Tadea».

También aquí las coplas populares resultan enormemente gráficas y representativas; pensemos que en la actualidad todos los años se celebra el Festival del Cante de las Minas en Cartagena y La Unión continuando esta añeja tradición folklórica. Los marineros cantaban:

Hasta la Virgen del Carmen  
se ha vuelto republicana (*op. cit.*, pág. 32).

El deseo de la abolición de las levas y quintas «era la preocupación máxima en los hogares de Escombreras y en casi todos los hogares campesinos de entonces»:

Ya se van los quintos, madre;  
sabe Dios si volverán;  
se van, los pobres, cantando  
para no oírnos llorar.

<sup>18</sup> El romancillo entero aparece en *Mr. Witt en el cantón* en la pág. 23; y sólo los dos últimos renglones, como colofón del capítulo, en la pág. 29.

Tadea, la mujer de Paco, que tenía una fuerte personalidad y discutía de política con los hombres, solía contestar antes de la República:

Si la República viene  
no habrá quintas en España (*op. cit.*, pág. 37).

Casi todos estos seres eran analfabetos. Un jornalero que aprendió «de letra» incorporó a su repertorio esta cartagenera:

Escombreras para mí  
y el Hondón para mi hermano;  
y el que no sepa *escribí*  
que vaya *en cá* el escribano  
y le enseñe, como a mí (*ibidem*, págs. 39-40).

Los acontecimientos históricos se desencadenan en julio; el día 12 se «materializa» la insurgencia cantonal y se organiza un Comité de Salud Pública. Aunque Sender no refiere de modo directo los hechos es bastante fiel a los mismos. Los tres capítulos concernientes al mes de julio se presentan desde la óptica de Mr. Witt, lo que da a la narración distanciamiento, objetividad, serenidad al recrear una historia relativamente reciente y que parecía querer repetirse —nunca idéntica a sí misma— al comienzo de los años 30. La vida de la Cartagena revolucionaria, empero, no nos pasa desapercibida; se nos filtra a través del balcón de la casa de Mr. Witt, y sobre todo a través de la persona de Milagritos, que la ausculta en la calle y escudriñando tras las cortinas de ese mismo balcón o mirador. La mayor distancia o asepsia se logra en el capítulo 8, último del mes de julio, con el que termina la primera parte. Capítulo que se dedica por entero —como hemos visto— a la introspección de sí mismo por parte de Mr. Witt, que se traslada en el recuerdo a los meses de septiembre y octubre de 1869, cuyos respectivos últimos y primeros días fueron aquellos en que Carvajal se puso al frente de una partida y fue capturado y fusilado en Ibi (Alicante) por el coronel Arrando. Capítulo este de crispación anímica y de remordimientos para Mr. Witt, pues aquí radica el «quid» de todos sus complejos y frustraciones; pero de distensión con respecto a los sucesos revolucionarios de Cartagena. Sin embargo la política no está ausente del mismo: el idealismo de Carvajal resulta concorde con el romanticismo de los conspiradores y facciosos de la época; se perciben los móviles y aspiraciones de La Gloriosa,

causa en última instancia o arranque dialéctico de esta República Federal, desmadrada en Cartagena, y desde el momento que uno de los fuertes del cantón lleva el nombre del notario-poeta fusilado, puede pensarse que ni éste ni sus generosas utopías han muerto del todo.

Desde aquí los dos planos de la novela se cruzarán e interaccionarán de modo equilibrado, eurítmico, armonioso, hasta el final. Los capítulos 9, 11, 13, 15, 17 y 19 siguen presentando acontecimientos históricos de Cartagena: Mr. Witt y su *microcosmos* se encuentran ausentes de los mismos. Son enseñoreados por Antonete, Hozé, el médico avaro don Eladio, doña Lupita, el «Calnegre», Colau, la «Olesana», Paco el de «la Tadea», gentes de las distintas clases sociales de Cartagena, las más populares provistas de sus correspondientes «motes» o apodos. En los capítulos 10, 12, 14, 16, 18 y 20, sin abandonar la experiencia histórica de la insurgencia cantonal, se vuelve a dar cabida a la compleja psicología del personaje inglés. El elemento de enlace es siempre Milagritos y su entrega primaria, instintiva y apasionada a la defensa del cantón. (Para Freud, o cualquier psicoanalista de su escuela, ella hubiera sido diagnosticada como una «adulta-niña» de instintos siempre reprimidos o sublimados; enamorada platónicamente primero de su primo Froilán; casada después por conveniencia, aunque su condición no fuese modesta, con Mr. Witt más «reflejo del padre» que esposo. Sólo se realizará como mujer gracias a Colau. En este héroe cantonal confluyen el pasado —tiene las ideas de Froilán— y el presente: encarna y lidera la causa que es grata a ella; resume su arquetipo masculino, antes vislumbrado pero no alcanzado). En el último capítulo la relación de Mr. Witt con Cartagena se ha consumado de modo antagónico, irreductible, fatal, pues el inglés participa en el incendio de la fragata *Tetuán*. Es el final del cantón y el de la salida del matrimonio de la ciudad naval envuelta en llamas. Mr. Witt ha puesto otra vez de relieve su brutalidad instintiva (solamente disimulada «por el añadido» de la cultura y la urbanidad aparentes), la misma brutalidad que tanto despreciaba entre la gente del pueblo. Cartagena ha consumado su destino trágico, previsto por Mr. Witt en su conversación con Antone-

te: «Las ansias de redención no representan gran cosa ante las flotas blindadas»<sup>19</sup>.

En agosto nos presenta Sender los momentos de euforia, entusiasmo, hiperestesia y agresividad del cantón: la expedición a Hellín, dirigida por Contreras y Antonete; la primera victoria naval del cantón contra el almirante Lobo; el fracaso de la expedición a Valencia con el descalabro y la emboscada de Chinchilla, que infligió a los cantonales el general Salcedo; y la liberación de los presos del penal de Cartagena. En septiembre presenciamos el esfuerzo desesperado de la escuadra cantonal para conseguir apoyo en los puertos próximos. El general don Arsenio Martínez Campos establece su cuartel general a diez kilómetros escasos de Cartagena y hay crisis de subsistencias: no sólo escasean los víveres, también falta material sanitario. En octubre siguen celebrándose combates navales, el espectro del hambre se personifica en la muerte del aljecero y se multiplican las quejas de los hombres de base contra los dirigentes cantonales: Contreras, Pozas, Barcia y las autoridades de la Marina. Colau es el único que aún puede mantener vivos los ánimos entre los federales (es el líder nato, el «Carvajal revivido», el mito encarnado de nuevo, y por eso, tal vez, el único hombre merecedor del amor de Milagritos)<sup>20</sup>. Diciembre contempla la ago-

<sup>19</sup> *Ibidem*, pág. 100.

<sup>20</sup> En el capítulo 6, pág. 79, Mr. Witt comprende que Carvajal hubiese sido la pareja ideal para Milagritos: «Era Carvajal violento, fuerte, de intimidación hosca y delicada. Allí se hubieran remansado los ímpetus dispersos de Milagritos (...). Pero murió como mueren los hombre de esa casta. Ciegos por fuerza después de haber sido —pensaba Mr. Witt— ciegos voluntariamente. Con los ojos vendados por el pañuelo mejor de un arca aldeana y con el pecho destrozado a balazos». Carvajal, a juicio del ingeniero inglés, superó a Gálvez. «Y Gálvez le parecía a Mr. Witt eso: un profeta. ¡Qué enorme derroche —se decía— de ingenuidad, de sinceridad, de candor ha tenido que hacer Gálvez para que las masas hayan llegado a enloquecer por él de ese modo!». Y antes había establecido la diferencia entre el aventurero y el profeta: «Todo el mundo para mí, dice el aventurero. Yo para todo el mundo, dice el profeta». (*Mr. Witt...*, pág. 76). Mr. Witt sigue con su monólogo interior: «Allí estaban Milagritos y él bajo los cañones del fuerte Carvajal. La figura del poeta se engrandecía con cada nuevo acontecimiento... La diferencia que, a juicio de Mr. Witt, podía haber entre Carvajal y Gálvez favorecía al primero. El poeta y conspira-

nía de la experiencia cantonalista: se recrudece el bloqueo, aumentan los estragos del hambre, también las deserciones (y todo ello coincide con la definitiva postración ética de Mr. Witt).

El cantón de Cartagena, pues, no es solamente un fondo histórico en el que se desenvuelve un matrimonio desigual e infeliz. Es, en realidad, el epicentro de la novela; su presencia es explícita en casi todas las páginas y virtualmente condiciona las acciones y sentimientos del personaje inglés. Hay que dar la razón a Carrasquer cuando afirma que la pareja Mr. Witt-Milagritos constituye solamente el pretexto para hablar del cantón de Cartagena y que el tema de la novela se basa en la enorme y desafortunada gesta popular de la antigua «Cartagonova».

Cuando Sender opta por novelar estos acontecimientos históricos España vivía unas condiciones que fatalmente resultaron similares o al menos muy semejantes. El autor era consciente de esas concomitancias y probablemente fueron ellas las que le determinaron a escribir esta su primera novela histórica. Sender se acerca a la Historia desde una perspectiva crítica íntimamente relacionada con el realismo de *Imán*, *Siete domingos rojos* y *Viaje a la aldea del crimen*. No se trata de «un divertimento escapista» ni de una «huída al pasado», sino —y así lo venimos repitiendo— de un compromiso más profundo (ético-social-político) con el entorno palpitante del momento, con unas realidades estructurales injustas y nunca casi modificadas. (Ello privaba de poder al menos creer en la utopía de que mejorándolas, se daría a las masas liberadas la posibilidad de regeneración). Todo lo que estaba ocurriendo resultaba en el fondo muy próximo a lo narrado en *Mr. Witt en el cantón*. Años después, en el prólogo de la segunda edición, ante los elementos claramente proféticos

dor no llegó a ser popular, lo que a su juicio revelaba una individualidad más auténtica (...). Y todo aquello en lo que Froilán estaba comprendido de lleno, vivía, renacía ahora, en mayo, ahora que Mr. Witt envejecía. Con Froilán, Milagritos, los federales, los intransigentes, las baterías sublevadas, el agua salina del mar y la bandera turca. Mr. Witt se sentía empequeñecer lenta, pero irremisiblemente como un hombre supersticioso bajo una tormenta». (*Ibidem*, págs. 77-78). Más tarde surgirá Colau, con unas proporciones sobrehumanas pero reales; contrapunto justo entre un marido capitidismunido en lo físico y en lo moral y un Carvajal idealizado, mitificado por el pueblo del cantón y por Milagritos, ausente del mundo de los vivos.

señalados por la crítica (he aquí un caso de novela-historia prospectiva), el autor aseveraría: «En todo caso, profetizar mirando hacia atrás y sobre coordenadas tan claras no era difícil»<sup>21</sup>.

La misma clarividencia que en *Mr. Witt* encontramos en *Nocturno de los 14*. Aquí Fabián Vidal, antes de 1935, cuando todo el mundo creía que la Segunda República estaba asentada en bases harto sólidas, afirmaba con escepticismo: «Esto se lo lleva la trampa»<sup>22</sup>. Por su parte, Froilán Carvajal se adelantó a muchos de sus coetáneos y comprendió antes que nadie que la Septembrina sería traicionada por Prim, advirtiendo de ello a los lectores de *La Revolución* de Alicante.

Sender se acerca a la Historia desde el ángulo de visión del novelista social, y en este sentido *Mr. Witt en el cantón* enlaza con la trayectoria iniciada en *Imán*. Por otro lado, continúa la tradición de la novela histórica de Galdós y de Baroja; aquél ya hemos anticipado que había tratado el tema en sus *Episodios Nacionales*; en relación a don Pío, tal vez no sea simplemente obra del azar que en 1935 apareciera el último volumen de las *Memorias de un hombre de acción*. Baroja penetró en el XIX español tras un serio y concienzudo estudio de folletos, documentos y libros; impostó a Avinareta, su personaje, sobre una plataforma bastante segura de investigación histórica. Sender murió en San Diego cuando nos proponíamos escribirle para indagar qué fuentes utilizó para componer *Mr. Witt*. Hace mención de Froilán Carvajal como redactor-jefe de *La Revolución* de Alicante (cap. 8, págs. 110-111), detalle poco conocido en la actualidad por historiadores y críticos literarios —incluyendo los propios alicantinos—. El resultado es un grado muy aceptable de fidelidad en la historia recreada. El mismo Mr. Witt parece un personaje real. Lector de Emerson y Carlyle, ejemplariza al inglés medio, orgulloso del Imperio Británico, desdeñoso de las masas («se han creado y se nutren de la miseria intelectual»). Desde su posición colonialista ve a España como país subdesarrollado,

<sup>21</sup> *Mr. Witt en el cantón, op. cit.*, pág. 7.

<sup>22</sup> RAMÓN J. SENDER, *Nocturno de los 14*, Iberama Publishing Co., Nueva York, pág. 114.

sin preparación para la democracia o el autogobierno. Desde su balcón contemplará la causa de los cantonales primero a distancia pero con benevolencia y simpatía, después a mayor distancia y ya con desdén o desprecio.

«¡Cantones: República o muerte!  
¡Viva España y la Federación!». (pág. 85).

Esta consigna exaltada le acabaría repeliendo tanto como a Mr. Turner. Efectivamente: Mr. Witt representa (junto con el cónsul británico inglés en Cartagena, Mr. Turner) la actitud oficial y la opinión pública de Gran Bretaña ante los sucesos de España. Es la posición propia de los ingleses residentes en nuestra Península. Sólo un año antes, en 1872, había expresado el embajador inglés su temor ante la posibilidad de un gobierno republicano (ya acontecidos los eventos de la Comuna de París en 1871), así como el concepto que le merecían los españoles: «Si se hace un intento de restablecer una república en este país, la consecuencia puede ser seria. Por lo que puedo juzgar de la *raza española*, es menos capaz que casi cualquier otra de Europa de vivir bajo instituciones republicanas»<sup>23</sup>.

Pérez Montaner ha compulsado las crónicas del *Times*. Guardan correlación con los acontecimientos de Cartagena vistos por Mr. Witt. Ambos, el corresponsal del *Times* y Sender, hacen honor a la verdad. En Cartagena insurgente asistimos al hambre y a la miseria que se apoderan de la ciudad sitiada. Pero a pesar de ello, un gobierno débil, vacilante, popular, consigue mantener hasta el final el orden revolucionario. Hay dos ocasiones en la novela en que peligran las casas burguesas de la calle Mayor, a las que alude el periodista del *Times*; se trata de reivindicaciones sociales que parten de la clase obrera, y en ambas ocasiones son los Voluntarios de la República, los jornaleros, quienes impiden el pillaje, el saqueo y la destrucción. Las fuentes hemerográficas oficiales harían creer lo contrario.

<sup>23</sup> Hay que tener muy en cuenta los estudios de JAIME PÉREZ MONTANER al respecto, de los cuales hemos hecho uso. Consultó los archivos del Foreign Office; vid. la Correspondencia de Layard a Granville, 18 de marzo de 1872, Foreign Office 72H11311, núm. 208; vid. WILLARD A. SMITH, *The European Powers and the Spanish Revolution, 1868-1875*, tesis doctoral inédita, Harvard University, 1948, citada por el autor anterior, que la sintetiza.

Pero a pesar de este gesto de «civilidad» loable dentro de la anarquía cantonal, la última palabra en la guerra político-social española no quedó dicha ni escrita durante el sexenio 1868-74. La restauración alfonsina (1874-1931) pareció dar la razón a Layard («la raza española, es menos capaz que casi cualquier otra en Europa de vivir bajo instituciones republicanas»). Como la Monarquía no llevó a cabo y a tiempo un adecuado programa reformista, aconteció el vendaval demagógico de 1936-1939, fracasada la Segunda República. Mr. Witt, antes de encanallarse definitivamente, entrevió, sin quererlo, la grandeza de nuestro pueblo y en varias ocasiones manifestó su benevolencia y conmiseración por los rebeldes. Vale la pena, sobre el particular, traer a colación su entrevista con el el redactor del *Times*, sin duda producto de la imaginación de Sender, pero que concuerda en sus directrices con la veracidad histórica. A Mr. Witt le molestaban (*entonces*) en el corresponsal y en el diario que leía desde hacía veinte años «aquél aire de imperial condescendencia que adoptaba no sólo con su compatriota, sino con todas las cuestiones relativas al movimiento revolucionario, y en general a la política española»<sup>24</sup>. Ante la tergiversación de los hechos por el redactor le recomendó:

«Ya veo que se atiene usted demasiado a los informes oficiales. Pero voy a darle un consejo, y perdone usted que me tome esa libertad. Los informes oficiales le van a impedir ver las cosas en toda su complejidad. En este caso, su trabajo en el *Times* va a ser poco interesante»<sup>25</sup>.

No cabe duda que, además de *La Revolución* de Alicante, Sender manejó *The Times*; nos da cuenta del cambio de rumbo del diario londinense. Y, en efecto: hasta finales de julio, todas las noticias e informaciones del periódico británico a propósito de la insurrección cantonal proceden de fuentes gubernamentales o carlistas, y están fechadas en Madrid o en Bayona, respectivamente, lo que justifica la ignorancia del periodista apuntada por Sender en *Mr. Witt en el cantón*, quien, al decir del autor, «creía, por ejemplo, que el pueblo se sublevaba por amor a la

<sup>24</sup> Mr. Witt..., *op. cit.*, pág. 72.

<sup>25</sup> *Ibidem*, pág. 73.

reina desterrada y al lindo príncipe Alfonso»<sup>26</sup>. La situación cambia al comenzar agosto: el día 8 publica el diario británico la primera crónica de su corresponsal especial en Cartagena, titulada: *The Republican Insurgents in Spain*. Desde ahora la información será más objetiva y las crónicas más interesantes y veraces, pues se trata del mismo corresponsal que mantuvo informados de la Comuna y del sitio de París a los lectores británicos. El mismo a quien Mr. Witt puso como ejemplo en su conversación con el otro despistado periodista: «Le hablé de la espléndida información que su compañero el corresponsal de París había enviado sobre la Comuna»<sup>27</sup>. Ya desde la primera crónica el corresponsal del *Times* habla de su viaje desde Madrid al cantón y de sus impresiones sobre los insurgentes, mostrando sincero deseo de objetividad (ausente en la prensa oficial y local; dentro de ésta hay que citar el periódico *El Cantón Murciano*, aludido y utilizado por Sender).

«En Madrid se nos informó de que Cartagena era escenario de continuas peleas y alborotos, lo mismo que aquí, se nos dijo que había luchas en las calles de Madrid. Pero, aparentemente, la más perfecta tranquilidad prevalece y ha prevalecido desde que se proclamó nuestro nuevo Gobierno. No ha habido ninguna lucha; todo... la amenaza de una trifulca cuando con motivo de la toma del *Vigilante por el Friedrich Karl*, unos pocos cartageneros se manifestaron ante la casa del cónsul alemán, jurando quemarla si su diputado, Gálvez, a quien los prusianos habían hecho prisionero, no era puesto en libertad»<sup>28</sup>.

<sup>26</sup> *Ibidem*, pág. 72.

<sup>27</sup> *Ibidem*, pág. 73.

<sup>28</sup> En *The Times*, 8 de agosto de 1873, pág. 3. El artículo se titula «The Republican Insurgents in Spain». Sender no alude al incidente aquí citado del *Vigilante*, pero sí que menciona la posterior captura por parte del mismo navío alemán y el inglés *Swifsure* de los barcos cantonales *Almansa* y *Vitoria*. La sorpresa del avistamiento del buque británico en la bahía de Cartagena nos la relata Sender en las págs. 126 y 127: «También aquel día estaba amaneciendo en el mar. Lejaná, se perfilaba toda negra con el alba salina de levante la isla de Escombreras. Del puerto llegaba la diana marinera inglesa. Docenas de trompetas tocaban no se sabía dónde el himno inglés *God save the King*. Cuando clareó algo más Mr. Witt vio con sorpresa que estaba en el puerto el *Swifsure*». (Observar la corrupción lingüística del nombre del barco en Sender).

El corresponsal de Londres en Cartagena sigue enviando con más o menos puntualidad al *Times* sus impresiones bajo el citado epígrafe *Los republicanos insurgentes en España* (*The Republican Insurgents in Spain*). Desde el 27 de agosto comienza una serie nueva de crónicas con el título, en consonancia con la nueva circunstancia del cantón, *El sitio de Cartagena*. Lo que narra el articulista coincide en sus líneas matrices con el ambiente que describe Sender en *Mr. Witt en el cantón*. De regreso de Gibraltar el periodista se encuentra con una ciudad bloqueada cuyos habitantes, como él resalta con imparcialidad, se comportan modélicamente:

«De nuevo me encuentro sorprendido, aún más que el otro día, por la maravillosamente tranquila y ordenada conducta del pueblo, y me divierto con el contraste entre la Cartagena pintada por algunos imaginativos refugiados radicales de Madrid a sus amigos franceses o ingleses y la Cartagena que veo ahora con mis propios ojos».

Más adelante añade:

«Cartagena ha estado y continúa estando a lo largo de este movimiento federal perfectamente pacífica y ordenada. Un inglés que conoce la ciudad desde hace años me dijo hoy que, aunque no tenía ninguna simpatía por los rojos, sino que, por el contrario, sinceramente deseaba su rápida derrota, tenía que admitir, en honor a la verdad, que Cartagena y su vecindario no habían estado nunca tan seguros como desde que se izó la bandera roja; que eran desconocidos los robos e incluso hurtos allí donde antes eran frecuentes los atracos y peligroso el salir de casa, especialmente en los suburbios, impropriamente custodiados. Y, sin embargo, tres cuartas partes de las casas burguesas —los «enemigos naturales», como se supone en general, de los rojos— están ahora a merced del que quiera saquearlas. Tengo tan poca simpatía por los rojos como mi informante, pero como él no tengo más remedio que llamar la atención, en interés no sólo de la justicia, sino de la verdad histórica, sobre un estado de cosas tan distinto al que generalmente se describe»<sup>29</sup>.

La lucha de clases, virulenta cuando los sucesos de la Comuna de París de 1871 (en la cual Marx, desde su exilio londinense creyó entrever una prefiguración de «la dictadura del proletariado» como paso siguiente), violenta también en Alcoy en julio de 1873 (infiltración de «communards» entre los cantonales e internacionalistas, muerte violenta por las turbas del alcalde, re-

<sup>29</sup> *The Times*, 27 de agosto de 1873, pág. 4, crónica titulada: «The Siege of Cartagena» («El sitio de Cartagena»), fechada en 13 de agosto.

publicano-federal, Agustín Albors), no alcanzó cotas de excesivo dramatismo en el cantón cartagenero, que al parecer hizo compatible «revolución» y «orden» de modo relativo. (Recordemos la frase de Goethe: «Prefiero la injusticia al desorden»). Y en esto el relato de Sender coincide con el del cronista del *Times*. Insistamos en que fueron los Voluntarios, de extracción social obrera, quienes impidieron el saqueo cuando peligraron los domicilios burgueses ubicados en la calle Mayor. Por su parte, en Alicante, en julio y octubre del 73, con motivo de las amenazas y del ataque de las fragatas insurgentes de Cartagena (abandonada la ciudad por las autoridades y por las clases acomodadas por esta causa y para eludir el contagio de la fiebre amarilla), la autoridad se mantuvo igualmente gracias a los Voluntarios de la República —como luego veremos— hallándose entre ellos Bartolomé Pons, carpintero y organizador de la primera sociedad de socorros mutuos de esta población.

El cantón de Cartagena es, pues, el tema fundamental de la primera novela histórica senderiana. Dentro del cantón, es el pueblo el que hizo posible, con su aliento durante meses, la extremada experiencia federal. La causa tuvo (en la ficción y en la vida real) un protomártir, Froilán Carvajal cuyo nombre llevaba —y aún ostenta— uno de sus fuertes. Su sacrificio personal precedió a la tragedia colectiva de los estratos populares: hambre, frustración, sangre —muertos y heridos— y derrota. Las relaciones entre Mr. Witt y Milagritos solamente hacen de catalizador y elemento compensador, equilibrador de estas determinadas circunstancias, de la catarsis común, sobre todo desde el punto de vista de Mr. Witt. Sender revivió, elevándolo a categorías estéticas, un momento histórico en que la participación del pueblo fue esencial, determinante; este protagonismo es lo que intentó subrayar. Esa proclividad, por otra parte, se dio en la mayor parte de su obra, como el propio Sender manifestó explícitamente en unas afirmaciones a Marcelino C. Peñuelas: «Siempre he estado a gusto en medio de lo popular español. Y en lo popular está la raíz de lo histórico. Tal vez la tarea más sutil del escritor, hoy por hoy, consista en aprender en el tumulto y caos de las multitudes la genuina voluntad y la voz genuina del pueblo. Difícil y noble

misión esa. Es la mejor que los escritores podemos tratar de hacer»<sup>30</sup>.

De este modo, no es de extrañar que entre los personajes de *Mr. Witt en el cantón* descuelen, por su particular garra, los de extracción social popular: el diputado Gálvez (Antonete)<sup>31</sup> y Colau (posiblemente Nicolás Calvo); mientras que el general Contreras, aunque aparece en varios pasajes de la obra, apenas reviste características sobresalientes. Lo mismo podemos decir de Manuel Cárceles y de Roque Barcia. Sender difumina los seres de renombre, que quedan en la sombra, casi soslayados, y busca la esencia de la historia en el pueblo y en los personajes que de él provienen. *Mr. Witt en el cantón* debe ser reivindicada como una novela histórica, podríamos tildarla de «novela de urgencia», y hasta de «emergencia», si precisamos que fue escrita en tal sólo veintitrés días del año 1935<sup>32</sup>. Su intencionalidad era aleccionadora: un repaso al pasado para evitar el enfrentamiento entre españoles que se preveía inmediato. Solamente los pueblos que no «han aprendido» en modo debido su Historia, la repiten. Sender, al novelar la historia española, tal vez sin saber-

<sup>30</sup> MARCELINO C. PEÑUELAS, «Diálogos con Ramón J. Sender. El novelista social», en *Insula*, n.º 257, 1968, pág. 4. Leyendo los artículos de Carvajal en *La Revolución* observamos una constante demagogia (más que demofilia) en fondo y forma. Se podría hacer un estudio de semántica cuantitativa. Son numerosísimas sus exclamaciones: «¡Oh pueblo mío!», «¡Escucha amado pueblo!», etc. En categorías pictóricas la democratización de la Historia de España se había dado en Goya: La España oficial es retratada en el cuadro «La familia de Carlos IV» y la real en los que reflejan los sucesos del 2 y del 3 de mayo de 1808.

<sup>31</sup> Para una semblanza de Antonete véase la obra de BALERIOLA, a quien citamos en la relación bibliográfica; y también J. GARCÍA ABELLÁN, *Genio y figura de Antonio Gálvez*, Murcia, 1976 (más actual que la anterior que data de 1889).

<sup>32</sup> Para analizar la acertada compulsación entre las crónicas del *Times* y los sucesos de Cartagena en *Mr. Witt en el cantón* —tal y como los revivió Sender— Jaime Pérez Montaner contó con una ayuda del Fondo de Investigación del Lewis and Clark College. Lástima que el «hispanismo anglosajón» se traduzca tan sólo en admiración por nuestra cultura y no en un trato «de igual a igual» en nuestras relaciones exteriores. En este aspecto poco se ha avanzado desde los días de la Cartagena del 73 y Mr. Witt.

lo, apostó por la escuela de los *Annales* y las consignas de Marc Bloch y Lucien Febvre: las mismas de la revista inglesa *Past and Present*.

## B) FROILAN CARVAJAL Y ALICANTE

Froilán Carvajal y Rueda fue el pensador y activista que más hizo por el advenimiento de la democracia política y social en Alicante hasta su muerte en 8 de octubre de 1869, llegando a la inmolación de su propia vida. Su íntimo amigo y correligionario Enrique Rodríguez-Solís dejó escrito lo siguiente:

«Froilán Carvajal y Rueda vino al mundo en 5 de octubre de 1830 en Tébar (Cuenca). Hijo de una familia acomodada hizo sus primeros estudios en Tébar, cursando el latín en Villanueva de la Jara y la filosofía en la Universidad de Madrid, continuando después su carrera de notario hasta 1856, en que regresó a Tébar para abrazar a sus queridos padres, volviendo luego a la capital a practicar en casa de un notario. En 1853, Carvajal, que ya sentía las ideas democráticas por las que había de vivir y morir, marchó de su país... (más tarde) secundando con otros amigos la revolución de 1854 (fue) elegido teniente de la milicia. Llegados los sucesos del 56, Carvajal se dispuso a combatir por el golpe de Estado y para ello recorrió los pueblos y (para) lograr levantar una partida republicana que sólo disolvió a la caída de Madrid, Barcelona, Zaragoza y Valencia, teniendo que buscar errante y fugitivo con gran peligro de su vida un asilo en la capital, en casa de su querido hermano Basilio, otro republicano de gran valía»<sup>33</sup>.

Habiendo ingresado en el partido democrático<sup>34</sup>, Froilán colaboró en periódicos de esta tendencia de Cuenca y Madrid. Sus estudios en Filosofía y Derecho le acreditaron como redactor culto, aunque hoy su estilo literario nos resulta desfasado, anacrónico. Además de un intelectual disconforme, de extracción social mesocrática pueblerina —tal vez hidalga—, fue, ante todo y sobre todo un «hombre de acción» (antes que el Avinareta barojiano), coherente con sus ideas hasta las últimas y más dra-

<sup>33</sup> *Historia del Partido Republicano Español*, 1881, Biblioteca Nacional de Madrid. Poseemos fotocopia.

<sup>34</sup> Vid. ANTONIO EIRAS ROEL, *El Partido Democrático Español*, Estudio General de Navarra, Rialp, Madrid, 1961.

máticas consecuencias. Los artículos escritos en *La Revolución de Alicante* (sobre los que preparamos una edición crítica), no revelan, sin embargo, una gran altura conceptual (máxime si se les compara con los de otras plumas que colaboraron en *La Democracia* y *La Discusión* e incluso en *La Igualdad*). Sí acusan, empero, una gran fe en el «pueblo» (vocablo que repite con insistencia), al cual apela y arenga constantemente, pensando que es engañado por los políticos de profesión (sobre todo cuando advierte que las Cortes Constituyentes van a inclinarse por la Monarquía como forma de gobierno). Estos mismos escritos acusan una gran aversión hacia Prim, la cual recoge Sender<sup>35</sup>.

Fue un idealista nato, supervivencia del mito de conspirador romántico de las primeras décadas del XIX. En su persona confluyeron las tendencias del progresismo-esparterista y la democracia, en oposición a las directrices de moderados y unionistas. Su demofilia debió acentuarse, al igual que su radicalismo político, durante el período de la Unión Liberal —recusable mixtificación política a sus ojos—, en que anduvo exiliado por Orán, Burdeos y Marsella.

Tébar, el lugar en que nació, es una modesta aldea manchega que ha contado hasta hace poco con cuatrocientos vecinos. En ella, su familia paterna fue una de las de mayor prosapia, junto a la materna de los Rueda y Lodaes (lo cual resultaba muy relativo, a nivel nacional, en una España como la de la etapa isabelina eminentemente rural y provinciana).

Creemos, que, a pesar de los estudios universitarios dados a este hijo, los Carvajal atravesaban un proceso de degradación o deterioro económico-social, que bien puede explicar el ideario extremista de nuestro personaje, independientemente de sus in-

<sup>35</sup> El autor del atentado que costó la vida en la calle del Turco de Madrid —al salir de una reunión masónica— al Conde de Reus y Marqués de los Castillejos, pudo ser Paul y Angulo, tal vez para vengar las vidas de Carvajal y Guillén. Esta hipótesis salió de las sospechas de la propia viuda de Prim. No ha sido verificada. Ver de BENITO PÉREZ GALDÓS, *Prim*. Sender se refiere a Carvajal como compañero de conspiración del general: «Ni con Prim, ni después, en lo de Valencia, me manché las manos», pág. 109. Luego las tornas se volvieron y Carvajal se convirtió en la voz delatora, acusadora, de la gran traición de éste a la causa de la democracia.

cuestionables altura de miras y buena fe. En el cementerio del pueblo el único panteón familiar existente es el de los Carvajal (todo un símbolo de la preeminencia social ejercida en tiempos pasados, tal vez mejores). Tuvo Froilán dos hermanas y tres hermanos (Luis, Basilio y Juan). Aquéllas permanecieron solteras, Basilio murió en América, Luis era ciego. Tan sólo se casó Juan, con Ana Agraz, de cuyo matrimonio nació Juan José, médico forense en Illescas (Toledo), que bien pudo suministrar información a Ramón J. Sender. El malthusianismo y el celibato masculino constituyeron auténticas estrategias defensivas, frente a la movilidad social descendente, practicada por la clase media y la hidalguía rural decimonónicas españolas (ésta descualificada por la desvinculación de mayorazgos). Tal vez las hermanas de Froilán, prescindiendo de sus virtudes o defectos personales, no encontraron acomodo por falta de dote suficiente para ser el «reclamo» de un marido concorde con su rango. El mismo Froilán murió soltero, aunque sabemos que dejó un hijo<sup>36</sup>.

Al decir de los habitantes de Tébar (testimonios orales recientemente recogidos): «los Carvajal se arruinaron por motivos políticos». Los azares de la conspiración, el exilio y la guerrilla que envolvieron la existencia de nuestro biografiado no son cier-

<sup>36</sup> Sender le atribuyó varios hijos naturales y un temperamento romántico, enamorado y versátil en estas cuestiones: «No lo entendía, pero estaba claro que un día Milagritos se convenció de que todo era inútil y se casó con el inglés un poco a la desesperada. Quizá Froilán separaba demasiado, en las cuestiones de amor, el espíritu y los sentidos. Su conducta, sin ser licenciosa, era desordenada. Insinuaciones de parientes le habían llevado a la conclusión de que Froilán tenía hijos naturales con tres campesinas en distintos pueblos de la provincia. En Milagritos había visto a veces una rabia contenida al hablar de esos desórdenes de Froilán en los primeros tiempos del matrimonio» (*Ibidem*, pág. 111). Pero en otra ocasión Milagritos aseveraría con respecto a él: «Cuando se sabe dar la vida por una idea se puede pensar lo que se quiera» (*Ibidem*, pág. 59, tal vez llegara a exculparle de estos aspectos añadiendo para su fuero interno: y «sentir como se quiera», cuando aconteció su propia entrega amorosa a «Colan»).

Solamente debió tener uno o al menos reconocerle legítimamente, o, en su defecto, darle a conocer a sus parientes. Así se deduce de una carta escrita en la capilla de la cárcel de Ibi (8 de octubre de 1869), dirigida a su hermano Basilio, momentos antes de ser fusilado: «Consuelos a la familia. Cuidad todos de mi hijo». (En *La Revolución*, ejemplar del 3 de septiembre de 1870).

tamente las condiciones adecuadas para la estabilidad matrimonial y afectiva. Pero hemos de añadir que tampoco gozó de un porvenir económico sólidamente seguro, pues aunque aprobó las oposiciones a notarías no se le adjudicó plaza. Sender así lo anotó también, pero con otra intención, en la carta escrita a Milagritos (cap. 8, pág. 105), que textualmente dice —aunque no sabemos si en verdad es su autor el novelista o el propio Froilán:

«Querida Milagritos: Soy doctor en Filosofía y Letras y notario. El mismo día que he logrado la plaza he tenido que huir. No me van a dejar ejercer, ni quiero. Tu primo haría muy mal notario... Ya te digo que el mismo día que me examiné tuve que huir y esconderme. Llevo dos meses en casa de unos correligionarios que me atienden bien. No puedo salir como no sea para irme de Madrid, con alguna seguridad, a algún sitio desde donde pueda embarcarme. Todo va mal. Narváez reconoce que soy un buen poeta, "al que hay que ahorcar"».

Como vemos, el testimonio de Sender coincide bastante con el que antes hemos ofrecido de Enrique Rodríguez-Solís. Este, en otro pasaje de su obra, menciona al «valeroso cuanto ilustrado republicano Froilán Carvajal». Además de su labor periodística, nos dejó un librito titulado *El faro de la niñez*<sup>37</sup>, colección de máximas religiosas, morales y sociales (veáse la nota 5), del cual se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid. Contiene ochenta páginas y en la dedicatoria reza así: «Al mejor de mis amigos el presbítero señor D. Juan Gavalcón Leal, beneficiario y cura ecónomo de la ex-colegiata de Belmonte, en la provincia de Cuenca». De sus estrofas se deducen los rasgos esenciales de sus ideas religiosas y políticas. Estas afecciones literarias las reproduce Sender: Milagritos siempre piensa en su primo fallecido como en un poeta-revolucionario, y conserva las cartas (cap. 8, donde se ofrecen varias al lector) que de él recibiera en Lorca, siendo soltera —luego incendiadas por Mr. Witt— y un tomo de versos (tampoco en este caso podemos precisar si ficticios o reales), titulados *Orientales*<sup>38</sup>.

Sender, sin embargo, nos lo muestra anticlerical o no creyente. Momentos antes de la ejecución hace exclamar al sacer-

<sup>37</sup> Editado en Madrid, en 1883, después de su muerte.

<sup>38</sup> *Mr. Witt en el cantón*, pág. 18.

dote que le asiste espiritualmente: «No vol cofesá» (notas 5 y 39). En contraposición con este testimonio, un testigo anónimo relata su muerte ejemplar, de «caballero cristiano», en *La Revolución* (26 de julio de 1870). La dedicatoria atrás reproducida, y los versos que seguidamente trascribimos, de escaso mérito literario pero emotivos y sinceros, lo desmienten:

«Cree que el hombre recibe  
de Dios el don de la vida  
y con ella el admirable  
espíritu que lo anima.  
Cree que sin Dios cual hombre  
en la nada te hallarías.  
Cree que por Dios contemplas  
la esplendente luz del día,  
y en su virtud a Dios ama  
con preferencia exclusiva».

Lo que no quiso Froilán fue que le taparan lo ojos con un pañuelo o venda al ser fusilado. En modo alguno se negó a recibir los Sacramentos. La familia conservaba un cuadro del piquete de su ejecución, donde se representaba a un sacerdote con la mano extendida y un crucifijo en ella, mostrándoselo. Fue destruido por temor a represalias políticas. A su muerte surgió en Alicante una especie de necrofilia entre sus simpatizantes. Prueba de este culto póstumo a su personalidad es que *La Revolución* vendió al público lector su fotografía. Nos ha resultado imposible hacernos con un retrato suyo. En la novela senderiana aquel pañuelo es el que con tanto esmero guarda Milagritos en la urna de cristal.

Dando pruebas de ese idealismo casi pueril que le caracterizó (y siguiendo las directrices de Mazzini en *Los deberes del hombre*, estableciendo la siguiente jerarquía de valores: 1.º, para con Dios; 2.º, para con la Patria; 3.º, para con la familia) en la consabida obrita aleccionó a los niños:

<sup>39</sup> *Ibidem*, pág. 114. Obsérvese la anterior nota 5 de este trabajo.

«Si avanzando en el terreno  
de este mundo miserable,  
en la política llegas  
alguna vez a mezclarte,  
y ya mezclado, a un partido,  
de los que en ella combaten  
te adhières; de ese partido  
nunca, como otros, te apartes,  
mientras la moral respete  
y la religión acate.  
Si está la patria en peligro  
y defenderla te es dable,  
vuela allí donde el peligro  
mayor arrojo reclame.  
Y por salvar a la patria  
no vaciles ni repares,  
que es su salud ley suprema  
bajo la cual todos yacen,  
y por cumplirla no importa  
que las demás se quebranten».

Hay mucho de mazziniano y garibaldiano en el pensamiento y en la acción, respectivamente, de Froilán. Estas estrofas constituyen una profecía. Carvajal sería fusilado en Ibi (8 de octubre de 1869) por los hombres del coronel Arrando. Enrique Rodríguez-Solís estuvo en Alicante en julio de 1869 y colaboró con varios artículos en *La Revolución* (en el que apareció en 4 de agosto anuncia su regreso a Madrid). En el diario salían también los escritos de Carvajal —bajo el seudónimo de «Plácido Bernardo»— pues estaba escondido en una casa de la calle San Francisco, eludiendo a la justicia. Se le perseguía por los delitos, ya prescritos, de haber robado a mano armada las arcas de algunos municipios de la provincia de Cuenca, para allegar fondos con los cuales contribuir al destronamiento de Isabel II. (Veáse *La Vanguardia* de Cuenca y *La Revolución* de Alicante, 19 de julio de 1869).

Fue Enrique Rodríguez-Solís quien trajo a Carvajal la orden de Paul y Angulo de que se sublevara (a esto vino a Alicante). Froilán se puso al frente de su partida y en los días 3 y 4 de octubre se cumplieron parte de sus objetivos, como la toma de Castalla por Francisco Samper («Palloc») y Tomás Bertomeu («Tomasel el de Petrel»). El jueves, 7 de octubre de 1869 —el día antes del fusilamiento de su redactor-jefe—, *La Revolución* informaba

que el director de *La Igualdad*, José Paul y Angulo había salido de Jerez con algunos centenares de republicanos y varios carros de armas y municiones. Desde Arcos de la Frontera marcharía a la sierra («donde nuestra causa cuenta con muchos partidarios»). En esa fecha Carvajal fue detenido o capturado. Respecto a su apresamiento por Arrando puede consultarse *La Revolución*, 26 de julio de 1870<sup>40</sup>. En el Archivo Municipal de Villena se conserva un telegrama del gobernador militar de Alicante al alcalde de aquella ciudad y otro firmado por el general Valdés, en 9 de octubre, en Biar, donde se da cuenta que ha sido pasado por las armas.

Raymond Carr y Jover han destacado el proselitismo entre las masas obreras de jóvenes periodistas radicales, algunos de extracción social mesocrática. Fernando Garrido, Paul y Angulo, Joarizti y Froilán Carvajal pueden citarse como ejemplo. (Algunos contribuían con su palabra oral y sus escritos a «la descristianización de las masas en nombre del progreso»; nuestro personaje no pretendía aquélla aunque sí perseguía éste en su doble vertiente, social y moral). Hasta cierto punto en Alicante *La Revolución* seguía las pautas que le indicaba *La Igualdad* desde Madrid; este diario salió orlado de luto, en primera página, al conmemorarse el aniversario de la muerte de Froilán, unido estrechamente a su causa y equipo de redactores de quienes fue amigo personal.

Antes de ser pasado por las armas escribió varias cartas a amigos de Petrel, Villena, Albacete, Alcázar de San Juan, Club Antón Martín... a José María Orense (marqués de Albaida). En una de ellas se quejaba de la poca colaboración que, en lo relativo a la gestión de su indulto, había encontrado en el diputado a Cortes, alcalde de Alicante y antiguo republicano federalista Eleuterio Maisonnave y Cutayar. ¿Pudo evitar su muerte? Su trayectoria posterior acredita que fue evolucionando hacia la República Unitaria, ocupando el puesto de ministro de la Gobernación, en octubre de 1873, cuando los alicantinos tuvieron que ha-

<sup>40</sup> Y *La Unión Democrática*, Alicante 27 de agosto de 1879. Vid. el libro de E. RODRIGUEZ SOLÍS, *Historia del partido republicano...* En Sender, *Mr. Witt en el cantón*, págs. 112 y ss. (cap. 8).

cer frente a los ataques de las fragatas rebeldes del cantón de Cartagena que bombardearon este puerto y el de Almería.

Los republicanos habían abandonado las Cortes, disconformes con que el Estado se articulara como una Monarquía. La Constitución fue promulgada oficialmente en domingo, 6 de junio de 1869. Los pactos republicano-federales y las revueltas de los seguidores del carlismo contribuyeron a crear un clima tan tenso que hace explicables las sangrientas rebeliones acontecidas en Aragón, Cataluña, Valencia y Andalucía. Tomás Bertomeu se quejaba de la provocación de los carlistas (carta escrita en Petrel, su pueblo natal, en 22 de julio de 1869, reproducida en *La Revolución*; iba dirigida a Carvajal):

«Querido amigo y compañero de fatigas. Sin perjuicio de que yo iré por ahí enseguida, *avíseme usted si hay algo serio*, aunque yo creo que no, a fin de reunir los que han de seguirnos siempre y caer enseguida sobre todo aquel que quiera levantar en la provincia la bandera absolutista, lo cual sería una vergüenza para nosotros, y no lo debemos consentir de ningún modo».

El «hecho de masas» que provocó la insurrección republicano-federal de fines de septiembre y principios de octubre de 1869 se produjo en Tarragona. Llegó a esta ciudad el general Blas Pierrad, republicano-federal, y se organizó un tumulto en el transcurso del cual resultó asesinado el Sr. García Reyes, secretario de aquel gobernador civil. El Gobierno decretó el encarcelamiento de Pierrad y el desarme de los Voluntarios de la Libertad y la prohibición de toda manifestación republicana. Era titular de la cartera de Guerra el general Prim y de la de la Gobernación, Sagasta. Este, sabedor de que los republicano-federales habían estado preparando la sublevación durante el verano, actualizó los decretos del 4 de abril de 1821, que otorgaban poderes especiales a los gobernadores civiles. La lucha de barricadas comenzó en Barcelona, mientras se alzaban partidas republicanas en diversas comarcas de Cataluña, especialmente en el Ampurdán. Cundieron idénticos chispazos en Andalucía y Murcia. Aquí Antonio Gálvez (Antonete) proclamó la República Federal el 1.º de octubre.

El 5, el Regente, Serrano, suspendió las garantías constitucionales («mientras dure la insurrección armada») y autorizó al Gobierno para que declarara el estado de guerra («en aquella par-

te del territorio que juzgue conveniente»). Así lo hizo, en la jornada siguiente, Rafael Primo de Rivera y Sobremonte, Capitán General de Valencia. Se daba la circunstancia de que Carvajal había retado a Prim públicamente y también al gobernador civil de Alicante Manuel González Llana. Acusaba al primero de haber traicionado los ideales del «La Gloriosa». (Vide el artículo «Albri-cias», en *La Revolución*, 18 de agosto de 1869). El 7, el gobernador civil de Alicante, González Llana, resignó el mando en el gobernador militar, brigadier Felipe Benicio Navarro. Su primera orden consistió en ampliar hasta cuarenta y ocho horas el plazo concedido a los insurrectos que se hallaran en la provincia con las armas en las manos, para que se acogieran al indulto que otorgaba la ley y regresaran a sus hogares, garantizando solamente la vida a los jefes de las partidas rebeldes. Las gentes de Ibi quisieron salvar la vida de Carvajal, entre ellas la viuda del teniente Puigmoltó, supuesto padre de Alfonso XII.

En una carta enviada desde Lérida (23 de diciembre de 1871) por el propio coronel Arrando al alcalde republicano-federal de Alcoy, Agustín Albors, aquél trataba de justificar que el indulto no llegó a tiempo porque los propios republicanos cortaron los hilos telegráficos, impidiendo así el conocimiento de esta noticia. No resulta convincente. Lo más interesante de la misiva son los elogios a la valentía, caballerosidad y demás virtudes de Froilán<sup>41</sup>.

La carta que Carvajal escribió a su hermano Basilio decía así:

«Capilla de la Cárcel de Ibi, a las dos de la tarde del día 8 de octubre de 1869. Querido hermano Basilio: Valor y serenidad. Sin llegar a rebelarme, caí en poder de una columna del Ejército. Sin estar publicada la Ley Marcial aquí, se nos ha sometido a su fallo, y voy a morir dentro de breves instantes, porque me están esperando. Dos encargos: Consuelos a la familia. Cuidad todos de mi hijo. ¡Hasta la eternidad! Tu apasionado hermano, Froilán Carvajal»<sup>42</sup>.

<sup>41</sup> Esta epístola está reproducida en REVERT CORTÉS, *Agustín Albors...*, pág. 78.

<sup>42</sup> En *La Revolución*, Alicante, 3 de septiembre de 1870.

En la misma jornada en que se le fusiló, Eleuterio Maisonnave dimitió de su cargo de alcalde de Alicante, como protesta por haber sido tomadas las Casas Consistoriales por el Ejército y disueltos los Voluntarios de la Libertad en esta ciudad. Pero no movió un dedo en favor de la vida de aquél, a quien estuvo muy vinculado en septiembre de 1868 y a quien ahora juzgaba un peligro anarquizante.

Sabemos que Maisonnave llegó a entregar cuatrocientos reales de vellón a Francisco Samper (apodado «Palloc»), junto con una nota que contenía instrucciones, para que la hiciera llegar a Juan Navarro<sup>43</sup>. Samper, el 22 de septiembre de 1868 se encontraba con sus hombres en Benejama, de donde pasó a Biar. En ese mismo día entraron en Elda, con veinte individuos, Bertomeu y Carvajal, donde quemaron el retrato de Isabel II, constituyeron una Junta Revolucionaria y se apoderaron de sesenta y tres duros y siete carabinas antes de salir para Monóvar. La Columna Republicana de Carvajal el 12 de octubre estaba en Castalla y el 14 en Villena. El mismo Froilán nos dejó el relato de su salida de Alicante (20 de septiembre de aquel 68), con unos diez seguidores, para proclamar por los pueblos alicantinos la República Federal<sup>44</sup>. Ya en agosto quiso sublevarse junto con Tomás Bertomeu («Tomaset el de Petrel»), en una intentona fallida, para cuya preparación se reunieron en Villena. Maisonnave, pues, sufragó, en su calidad de burgués acaudalado, la «Columna Republicana de la Provincia» que tenía como comandante al poeta-notario.

Sender reproduce estas andanzas de Froilán que escribe a Milagritos:

«Estoy en las ruinas de un castillo, a día y medio de Alcoy. Espero una noche propicia para marchar allá, donde hacen falta partidarios, porque van sobre la población fuerzas del Gobierno. Haremos alto en una aldea (no te doy nombres ni hacen falta) y a la noche siguiente entraremos en Alcoy. Mr. Witt miró la fecha: 1868». (*Mr. Witt en el cantón*, cap. 8, página 110).

<sup>43</sup> Carta del propio J. Navarro que se puede ver en *La Revolución*, Alicante 3 de septiembre de 1870.

<sup>44</sup> Artículo titulado «No hemos variado», en *La Revolución*, 22 de septiembre de 1869.

Triunfante la revolución, un grupo de liberales se posesionó del Ayuntamiento de la capital y constituyó una Junta Revolucionaria Provincial, cuyas primeras medidas consistieron en abrir las cárceles y nombrar secretario del gobierno civil a Maisonnave, que lo era de la Junta. Esta estimó, el 4 de octubre, que la Columna de Carvajal y «Tomaset» era un estorbo para el desarrollo del proceso revolucionario y ordenó su disolución, de lo que también da cuenta Sender:

«Carvajal envió las últimas noticias desde Alicante; las llevó verbalmente un redactor de *La Revolución*, periódico cuya dirección habían encomendado los federales a Froilán después de hacerle licenciar una partida de trescientos rebeldes en Agost y de enviar de Cartagena una comisión de notables republicanos a parlamentar con él (era bajo el Gobierno Provisional que se formó al derribar a Isabel II) para convencerle de que por entonces convenía el sosiego hasta ver lo que sucedía en Madrid. Carvajal accedió y se encargó del trabajo de agitación en Alicante al frente del periódico de los federales». (*Ibidem*, cap. 8, págs. 110-111. El subrayado es nuestro).

El día 5 de octubre se celebraron elecciones para determinar la composición definitiva de la Junta Revolucionaria de la Provincia: Maisonnave obtuvo 3.662 votos y el editor de *La Revolución*, José Marcili Oliver (en la misma línea ideológica que Froilán), tan sólo consiguió 2.789. Estaba claro que la revolución quedaba aquí liderada por los defensores del orden y la propiedad (la burguesía local), aunque los líderes del naciente obrerismo aún tendrían la posibilidad de maniobrar a través de los «Clubs Republicanos».

El «Club Republicano Federal de Alicante» se inauguró el 1.º de noviembre de 1868. Sus socios abonaban cuotas mensuales voluntariamente. Su primera Junta, bajo la presidencia honoraria de Ramón Lagier Pomares quedó así integrada: presidente, Froilán Carvajal; vicepresidente, José Marcili Oliver; contador, Carlos Mauricio; tesorero, Jaime Fuster; vocales, Román Bono Guarner, Bartolomé Pons, Pascual Moreno, Lorenzo Espí y Juan Such; secretarios, José Cervera y Juan Real. Según Primitivo Carreras (artículo en *La Revolución* de 10 de abril de 1870), los clubs eran centros: «donde se reúnen los ciudadanos de todas clases y condiciones, así el obrero como el comerciante, a discutir los problemas políticos, económicos y sociales», advirtiendo el peligro que para ellos supondría mantener posturas extremistas.

El 1.º de abril de 1869 se abrió el «Club Republicano Federalista de los Radicales», de Alicante, con sede en la calle Teatino, número 34, publicando una circular que decía:

«El deseo de propagar las ideas republicano-federales, el de atender a la instrucción del pueblo y el de aliviar en cuanto sea posible las necesidades infinitas que éste sufre, hizo que al principio del mes próximo anterior, pensaran algunos ciudadanos constituir una nueva sociedad...».

La Junta directiva tuvo como presidente honorario al de *La Revolución*, José Fernando González; y como efectivo a Froilán Carvajal, con Marcili Oliver en calidad de vicepresidente, recayendo el cargo de tesorero en Pedro Albert y siendo uno de sus vocales Antonio Samper. (Tras la ejecución de Froilán, Marcili Oliver ocuparía la presidencia de dicha Junta directiva, en enero de 1870).

Además de estos dos, existieron otros. «Club Republicano Federalista de Alicante» (presidido por Manuel Lozano), situado en principio en Méndez Núñez y después en la calle Virgen de Belén; «Círculo Republicano» (presidido por Juan Mas Dolz), en la calle de San Francisco; «Juventud Republicana de Alicante», instalado en la calle Riego; «Club Marítimo Republicano Federal» en la de Villavieja; «La Propaganda Republicana», en la de San Vicente; «Igualdad, Libertad, Fraternidad», en la de Valdés; «Club Federalista» en la de Santo Tomás. Y un «Club Republicano Femenino», abierto el 5 de julio de 1869, presidido por Rita Bataller, que fue el segundo de los de su condición en España, tras el de Madrid. Igualmente comités y clubs proliferaron por toda la provincia. Torreveja se mostro bastante republicana. Sus habitantes deseaban la abolición de las matrículas de mar. El presidente de su club republicano federal fue Tomás Parodi. En febrero de 1870, como homenaje a los guerrilleros Froilán Carvajal y Tomás Bertomeu, nació el torrevejense «Club Republicano Federal Carvajal y Tomeu».

La antinomia dicotónica de los dos primeros clubs citados, ya preludiaba la división entre republicanos moderados y radicales. El fracaso del ensayo insurreccional de primeros de octubre del 69, que costó la vida a Carvajal en Alicante, vino a abrir una enorme zanja que consumó la definitiva escisión a escala local, provincial y nacional. Se dio al traste con el Pacto Federal y

umentaron la diferencias entre Pi y Margall y Castelar que había evolucionado a posiciones unitarias. Aquellas ya se habían materializado en 1864, sosteniendo ambos distintos planteamientos socioeconómicos desde sus respectivos órganos de prensa: *La Discusión* y *La Democracia*. En Alicante, los republicanos federales radicales, encabezados por Marcili Oliver, desautorizaron al Comité Local (que se adhirió a la «Declaración de la Prensa») y desplegaron una fuerte campaña de propaganda y captación en favor de Pi y Margall y del Directorio y de la Asamblea reunida en Madrid del 6 al 31 de marzo de 1870. Quedaron claramente delimitados los dos bandos republicanos alicantinos: 1) el proclive a Castelar, burgués y moderado, defensor a ultranza de la propiedad privada y del liberalismo económico, a cuyo frente quedó Maisonnave y 2) el capitaneado por Marcili Oliver de composición social pequeño y sotoburguesa e incluso proletaria (menestrales, artesanos, jornaleros), de tendencias socialistas e igualitarias; partían del presupuesto clave de que el fundamento de toda propiedad es el trabajo y deseaban constituir sociedades obreras de socorros mutuos, de resistencia y cooperativas de consumo y de crédito<sup>45</sup>.

Bartolomé Pons, Manuel Santandreu, Vicente Alemañ, Marcili Oliver, Tomás Bertomeu, Froilán Carvajal, entre otros, fueron *republicanos radicales*, partidarios de transformar el orden social existente, creadores de esas primeras cooperativas obreras en la ciudad. Pons, carpintero, escribía con asiduidad en *La Revolución*, que gustaba de reproducir artículos o notas de obreros

<sup>45</sup> Una ampliación de estas querellas internas puede verse en mi trabajo, antes citado: *El republicanismo federal en Alicante. Froilán Carvajal y el diario «La Revolución»*.

— Véase GLICERIO SÁNCHEZ RECIO, «Los planteamientos socioeconómicos del Partido Democrático. La polémica entre Pi y Margall y Castelar en 1864», en la revista *Saitabi* de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia, XXVII, 1977. El 22 de mayo de 1864, en *La Democracia*, Güell y Mercader publicó un artículo con el título «El socialismo es la reacción», respondiendo al que un día antes, usando la antigua expresión de Pi y Margall, había dado a conocer en *La Discusión* su seguidor J. Rodríguez y Morales. «¿Qué es la reacción? ¿Qué es la revolución?». Pi y Margall estaba a favor del socialismo, el asociacionismo obrero y el arbitraje. Estos planteamientos los defendía, desde *La Revolución*, en Alicante, su editor Marcili Oliver y el resto de su equipo.

autodidactas como él. Así, el titulado «Los descamisados», por «Un hombre del pueblo» (17 de octubre de 1869). Marcili llegaría a formar parte de la «Junta Revolucionaria de Alicante» nombrada por Antonete (20 de julio de 1873), después de llegar a bordo de la fragata *Victoria*. Como nadie la tomó en cuenta, ni la obedeció, declinó su autoridad en el batallón de los Voluntarios de la República, entre cuyos capitanes se hallaba el propio Bartolomé Pons, que se reunieron en Junta de Gobierno Provisional. En cuanto al director honorario de *La Revolución*, José Fernando González, estaba en posesión de un talante más moderado que Froilán y Marcili Oliver; en su escrito «Crónica de la revolución» (aparecido en este diario en 9 de octubre de 1869, fechado en Madrid dos días antes), desaprobaba y condenaba el levantamiento republicano-federal. Por el contrario, Marcili, aludiendo al reciente holocausto de Carvajal en Alicante y de Guillén en Andalucía, reprodujo los siguientes párrafos de *La Iberia*, de claro ascendiente intelectual hegeliano:

«La idea queda, la idea vivirá, será realizada en tiempo oportuno... Si nuestras ideas son el término de nuestro perfeccionamiento social ¿por qué las perseguís tan cruelmente? Si queréis orden y moralidad ¿por qué sois vosotros los primeros en faltar a lo pactado con un pueblo por demás noble y sufrido?». (Artículo «Nuestra idea no muere», en *La Revolución*, 17 de octubre de 1869).

La situación de las clases obreras era calamitosa. La economía europea había entrado en una contracción cíclica iniciada en 1866 y agudizada desde 1873. (Estos aspectos han sido convenientemente tratados por los profesores Fontana y Nicolás Sánchez Albornoz). En Alicante la crisis era reflejada por la prensa. Las arcas municipales prácticamente estaban vacías. El problema para el Ayuntamiento se agravó cuando el primer Concejo revolucionario suprimió en 1869 la contribución de consumos sin recurrir al impuesto personal<sup>46</sup>. En el plano nacional, el ministro de Hacienda, Laureano Figuerola estableció el impuesto de capitación que perjudicaba a los obreros y estratos humildes<sup>47</sup>. En 24 de abril de 1869, *El Eco de Alicante* se quejaba de

<sup>46</sup> *El Eco de Alicante*, 24 de abril de 1869.

<sup>47</sup> Froilán Carvajal en artículos aparecidos en *La Revolución* atacó a Figuerola y su política tributaria. Ver los números de 24 y 25 de junio de 1869.

que los mendigos invadían las calles. *El Municipio* (5 de marzo de 1872) hacía referencia a la contracción del comercio, del volumen de los negocios y al descenso de las actividades portuarias. En Alcoy tanto la industria textil como la papelera acusaron la depresión, cundiendo el malestar entre la clase obrera, lo que explica el arraigo aquí del internacionalismo y del anarquismo.

Los Clubs Republicano-Federales Radicales intentaron concienciar, educar y «agitar» al cuarto estado y organizar las primeras asociaciones obreras (que harían uso en principio de una estrategia defensiva pasando más tarde a otra claramente ofensiva).

Froilán Carvajal, como otros progresistas y demócratas españoles, en sus años de persecución política y destierro (1856-1866), estableció contacto con la ideología socialista y los movimientos de cooperación obrera que en las décadas de los 50 y 60 del XIX se desarrollaron en Europa. Fundada la Asociación Internacional de Trabajadores en Londres (A. I. T.), en 28 de septiembre de 1864, surgió en Barcelona cuatro años después una Dirección Central de Sociedades Obreras, que al ser ratificada en el Congreso de diciembre de ese mismo año, se convirtió en 1869 en el Centro Federal de las Sociedades Obreras. Este tuvo un eficaz portavoz en el periódico *La Federación*.

El 19 de julio de 1870 (desaparecido Carvajal de este mundo), en el seno de un Congreso, se constituyó la Federación Regional Española de la A. I. T. Su división comarcal no se realizó hasta la Conferencia de Valencia (septiembre de 1871). En semejante partición, Alicante quedaría adscrita a la circunscripción del Este junto con las provincias de Huesca, Zaragoza, Teruel, Lérida, Gerona, Barcelona, Tarragona, Castellón, Valencia e Islas Baleares.

Las conexiones entre el Centro Federal de las Sociedades Obreras de Barcelona y la clase jornalera alicantina se efectuaron a través de *La Revolución*. Marcili Oliver y Carvajal fueron amigos personales de Fernando Garrido (antiguo fundador de la revista decenal socialista *La Atracción*). Ya en el primer ejemplar de aquél (aparecido en 1.º de noviembre de 1868) se incluía una carta de Garrido, fechada en 24 de octubre anterior en Barcelona, que terminaba con el consabido saludo de «Salud y Fra-

ternidad» junto a la que remitía su primera colaboración y prometía otras.

En el número correspondiente al 12 de febrero de 1869, *La Revolución* ofreció el texto completo del manifiesto que la «Dirección Central de Sociedades Obreras», de Barcelona, dirigió a los proletarios de todos los países. Se define la asociación como gran principio de «uno para todos y todos para uno, principio salvador» (es conveniente recordar que el diario divulgaba escritos de cariz socialista de Alejandro Dumas hijo) y se invoca con gratitud el ejemplo y la actividad de la entidad obrera de Ginebra:

«Gracias a vosotros, mártires del trabajo; gracias a la ciencia moderna, hija legítima de vuestros desvelos y aspiraciones, de los ayes de dolor de todos los obreros del mundo, vuestros hermanos de España han llevado a cabo una revolución política (...) Sobrado comprendemos que la libertad sin la igualdad política, y ésta, sin la igualdad económica, no es más que un engaño».

Dirigiéndose a «los hermanos de Alemania», el manifiesto da cuenta de la situación del obrerismo español:

«Vedle ya, por propia inspiración celebrando congresos nacionales y reuniones numerosas, de las cuales sale triunfante la República. Vedle organizar a centenares las sociedades cooperativas, bien convencido de que por ellas y sólo por ellas han de redimirse bien pronto de la mísera condición de esclavos del trabajo».

En 24 de abril, *La Revolución* anunciaba que los ciudadanos Bartolomé Pons, carpintero, Vicente Alemañ, cerrajero, Manuel Santandreu y José Marcili Oliver iban a celebrar en aquella misma fecha y en la casa del primero, una reunión previa para otra general de la que habrían de salir soluciones para remediar la miseria, la falta de trabajo y el infortunio de los obreros, concretamente: la primera Sociedad Cooperativa de Alicante. En esta junta no se tomó ningún acuerdo definitivo, si bien se convino en celebrar otra el día 26 siguiente en el Club Republicano Federal de los Radicales. Tuvo lugar ante numeroso público y se discutieron varios proyectos de estatutos. Fue nombrada una comisión de nueve miembros para emitir un dictamen y se decidió por unanimidad que «la futura sociedad fuera ajena a toda idea política».

Su reglamentación definitiva se discutió libremente en la reunión que se celebró a las dos de la mañana del 3 de abril de 1870 en la sede del club situado en la casa número 4 de la calle Virgen de Belén. A mitad de mayo la sociedad ya contaba con ciento cuarenta y ocho socios o accionistas que representaban quinientas ochenta y siete acciones, cuya relación nominal, encabezada por Bartolomé Pons, aparece en *La Revolución* el 20 del mismo mes.

Este Bartolomé Pons se mostró infatigable y a todas luces eficiente. Suyo es el texto de un manifiesto, fechado en 30 de abril y aparecido en 4 de mayo en el diario *La Revolución*, del que entresacamos estas frases:

«Ciudadanos: el que hoy os dirige la palabra es un proletario como vosotros, hijo del trabajo, pertenece, en su consecuencia, a la gran familia desheredada; mi constante anhelo, mis deseos de siempre han sido y serán contribuir con mi insuficiencia al mejoramiento de la clase a la que me honro pertenecer; todos somos obreros del gran taller, donde se ha de confeccionar el majestuoso edificio social. Reunamos, pues, todos nuestros esfuerzos en uno colectivo, y contribuyamos a levantar la gran obra de nuestra regeneración».

Anunciaba los propósitos de atender a los socios enfermos y faltos de jornal, mediante los correspondientes socorros, y de establecer una especie de economato o tienda donde adquirir productos básicos a precios más baratos. Y añadía:

«No desconozco los inconvenientes con que se habrá de tropezar para el planteamiento y desarrollo de esta sociedad, mayormente cuando la clase jornalera, que es el elemento que le ha de dar vida, está atravesando por una crisis espantosa que la tiene sumida en la miseria. Esto no obstante, no hay que desmayar, pues que las obras, si no se empiezan, no se concluyen, y, cuando más difícil es una realización, más gloria cabe a sus autores. Acudid, pues, a inscribiros en la lista de los socios, y, al través de la lucha por la miseria que nos rodea, hagamos un esfuerzo y depositemos nuestro pequeño óbolo en el fondo común para, de este modo, aliviar en lo posible la desgracia que nos oprime».

Por lo que respecta a Froilán Carvajal, montó en 1869 (poco antes de su muerte) un «Gabinete Público de Lectura» en el «Club Republicano Federal de Alicante» en la calle Teatinos, número 34, en el que según *La Revolución*<sup>47 bis</sup>: «había hasta diez y

<sup>47 bis</sup> *La Revolución*, 1.º de abril de 1869.

seis periódicos políticos diarios de Madrid y provincias». Intentaba aumentar su número y crear una escogida biblioteca. Profesó fe en el mito de la cultura como elemento emancipador de la clase obrera alienada y oprimida (luego recogido por anarquistas y cenetistas como Anselmo Lorenzo, Federico Urales y otros, como ha destacado el profesor Antonio Elorza).

La rebelión republicano-federal de octubre del 69 alejó irremisiblemente a E. Maisonnave de la causa obrera, que, sin embargo aún era contemplada con simpatía por algunos elementos de la burguesía local como Román Bono Guarner o Armando Alberola. Este último formó parte del primer consejo de administración de la susodicha primera entidad de socorros mutuos («Sociedad Cooperativa y de Protección del Arte»), cuyas reuniones se celebraban en el Club de los Radicales o en el teatro «El Fénix», ubicado en la calle de Teatinos. Pero los sucesos posteriores hicieron comprender a estos fabricantes y comerciantes acaudalados que sus intereses eran contrarios a los del proletariado<sup>48</sup>.

La Comuna de París (marzo a mayo de 1871) atemorizó en Europa a las clases acomodadas y conservadoras, alejó a los líderes de las Trade Unions británicas definitivamente de la Primera Internacional y ocasionaría la muerte de ésta en 1872. En España, los eventos de Alcoy y Cartagena, en 1873, a cargo de algunos «communards» infiltrados entre los cantonalistas e internacionalistas más activos, sembraron el «pánico social» y privaron de la simpatía y del apoyo de la mesocracia a la República Federal, por la que tanto hizo Pi y Margall como difusor de sus fundamentos teóricos.

La I República Española había sido proclamada el 11 de febrero de 1873 y ya el 24 los anarquistas alcoyanos publicaron un manifiesto que decía en lo esencial:

<sup>48</sup> Vid. JAVIER VIDAL OLIVARES, «Burguesía y negocios en el Alicante del siglo XIX», revista *Anales de la Universidad de Alicante*, Historia Contemporánea, n.º 2, 1983, págs. 159 a 181.

«La base principal de la Revolución que anhelamos creemos consiste en la completa descentralización, o, mejor dicho, en la destrucción total de los poderes autoritarios, eternos enemigos del progreso, de la libertad y de la justicia (...) Es preciso ir adelante hasta el triunfo de la Anarquía y del Colectivismo»<sup>49</sup>.

El 8 de julio de 1873 fue proclamada la huelga general en Alcoy. El 10 los internacionalistas se hicieron dueños del Ayuntamiento y de la ciudad y las turbas descontroladas dieron muerte al alcalde republicano federal Agustín Albors que en vano había intentado llegar a un acuerdo con los rebeldes. (Albors colaboró con la Partida de Carvajal, de quien era amigo, cuando ésta operó en «el Alcoiá» en septiembre de 1868).

*El Constitucional*, de Alicante (12 de julio de 1873) afirmaba:

«Los insurrectos llevan cintos de cuero con frascos de petróleo y están dirigidos por agentes de la «Commune» Francesa, y han cometido todo género de crímenes».

Sabemos que estos fueron exagerados, hinchados, por la prensa gubernamental y conservadora (como hizo ver Mr. Witt al periodista del *Times*) que hizo otro tanto con respecto al número de los activistas «communards» —como ha puesto de relieve Termes Ardevol— e internacionalistas. (La Internacional no estaba dispuesta a apoyar una revolución política, sino solamente una revolución social). Alcoy constituye una excepción. Con anterioridad, en noviembre de 1872, «Palloc» había infundido horror en la comarca alcoyana, llegando a ocupar la ciudad (ya lo había hecho en 1869) y levantado barricadas en sus calles, aunque retirándose a las pocas horas. (Este seguidor incondicional de Froilán perdería la vida en los campos de Benichembla en 1873). El desorden y la anarquía no eran únicamente producto de la acción de los republicanos-federales; contribuían en igual modo las partidas carlistas que operaban por toda la provincia (al frente de famosos guerrilleros: Rico, Fuster, Mergelina, etc.)<sup>50</sup>. Acabarían siendo derrotadas en la proximidades de Bañeres (21 de diciembre de 1873).

<sup>49</sup> En *El Constitucional*, de Alicante, 6 de marzo de 1873.

<sup>50</sup> *Ibidem*, 21 de diciembre de 1872.

En cuanto a la revuelta cantonal, sería sofocada en Levante gracias a Martínez Campos. Cartagena resistió heroicamente, pero cuando el general López Domínguez logró rendirla y entró en ella (12 de enero de 1874), ya Pavía había violentado las Cortes (el día 3), dejando paso la «República del 73» (Federal) a «la del 74» (Unitaria). Castelar y Pi y Margall coincidieron en su juicio adverso. Este llegaría a afirmar que la no-nata Constitución de 1873, fue quemada en el cantón cartagenero por las impacencias de los republicanos federales. Quienes soñaron con la utopía de una activa participación política de las masas, a través de los gobiernos locales autónomos de matiz igualitario o socializante, se encontraron ante el hecho consumado de una «república burguesa y de orden».

*La Revolución*, desde Alicante y *La Igualdad*, en Madrid contribuyeron a la difusión de esa utopía de la democracia política y social. Pero como las palabras «socialismo» y «comunismo» resultaban entonces muy confusas y producían efectos contrarios entre sus lectores, el primero de los diarios incurrió en vaguedades y contradicciones. En el mismo ejemplar en que Carvajal daba cuenta de la muerte violenta del secretario García Reyes, del gobernador civil de Tarragona, con motivo de la llegada de Blas Pierrad<sup>51</sup>, se daba en sus columnas cabida a un escrito de Pedro Jaime Villalta, de Monóvar, en el cual se aludía al miedo que la palabra *radical* suscitaba en la villa, teniéndola sus habitantes como sinónima de «Socialismo y Comunismo». Por eso este correligionario vacilante, gran admirador empero de Carvajal, proponía que el «Club Republicano Radical» de la misma pasase a llamarse «Club Republicano Federal» y mejor aún «Unitario», siguiendo las consignas de los unionistas (castelaristas) de Madrid, dentro de una campaña de alcance nacional. A su vez, en este mismo número, Trinitario Mira rompía una lanza a favor de la unión de todos los republicanos. Al dorso venía una aclaración de la dirección del diario (que en este caso concreto no prevarica de sus planteamientos y postulados): «radical en política es el que profesa las ideas más avanzadas». Y seguía una *Crónica Radical* enviada desde Madrid por Enrique Rodríguez-Solís y Rubau Donadeu:

<sup>51</sup> «Lo ocurrido en Tarragona», en *La Revolución*, 25 de septiembre de 1869.

El compromiso de Rodríguez-Solís con el obrerismo internacional puede seguirse a través de sus trabajos aparecidos en *La Revolución*. En el ejemplar del 26 de septiembre de 1869 relata la crónica del Cuarto Congreso de la Sociedad Internacional de Trabajadores (Bàle, 6 al 12 de septiembre de ese año). En el mismo una gran mayoría de los asistentes se pronunció en contra de la propiedad individual y eligieron París como punto de concentración del próximo Congreso. Narra, igualmente, que en el de Bruselas se aprobó la propiedad colectiva del suelo. En este mismo número se reproduce un artículo de Víctor Hugo que aseveraba que el socialismo databa de 1828 y donde el eximio escritor dogmatizaba: «Republica y Socialismo son una misma cosa».

En 1.º de octubre de 1869, *La Revolución* salió con una colaboración del socialista Luis Blanc, para un diario madrileño de análoga tendencia, reproducida en su totalidad. Junto a ella, chocaban como pintorescas las declaraciones de *El Tiro Nacional* (Barcelona, 7 de septiembre de 1869), también aquí vertidas:

«Justicia, equidad y amor al trabajo son sus consignas y no codiciar la ajena hacienda ganada con el esfuerzo, con lo cual queda destruída la simpleza, que algunos creen, que se trata de repartir bienes». Acababa aconsejando a los republicanos unitarios que se aparten de los federales y que se unan a los monárquicos «a chupar... la sangre del pueblo». Incurría, pues en notable confusión mental.

Ese mismo día, en su «Crónica de la Revolución», desde Madrid, Rodríguez-Solís informaba:

«Estamos en plena revolución. Hombres del Gobierno habéis defraudado las esperanzas que a España entera hicísteis concebir... Cataluña se ha sublevado». (Los republicanos federales habían cogido las armas y en esa jornada del 7 de octubre Froilán sería capturado).

Por su parte, José Fernando González, director honorario del periódico objeto de nuestro estudio, puntualizaba conceptos<sup>52</sup>. Destacaba la anómala alianza Silvela-Prim:

«Para el Sr. Silvela, que es un hombre que sin ser aristócrata tiene todos los perfiles y todas las delicadezas del antiguo noble, y que sin ser literato ni orador, tiene en su elocuencia y en su estilo toda la belleza del

<sup>52</sup> El subrayado es nuestro. *La Revolución*, 7 de octubre de 1869.

hombre de arte, para el Sr. Silvela, repito, *el partido republicano no significa más que una masa demagógica y viciosa, amante del pillaje y de la ajena propiedad, y que no es buena sino para perturbar el sueño pacífico y la vida deleitosa de las clases eminentemente conservadoras... Para el señor Prim, por el contrario, que aunque aristócrata por instinto es plebeyo por la sangre, el partido republicano es una fuerza poderosa y viva... ¿Qué significa esta diversidad de pareceres dentro de un mismo ministerio? Son dos fuerzas contradictorias, el espíritu de la Unión Liberal y el partido democrático, cuya alianza solamente puede abocar a anular la Revolución de Septiembre».*

No se equivocaba. Para Prim estaban «mentalmente» lejos los días de 1866: la sargentada del Cuartel de San Gil, su pronunciamiento fallido en Villarejo, el pacto de Ostende. Lo había comprendido así Froilán y por eso le retó y arremetía contra él con saña en sus artículos<sup>53</sup>. En sábado, 19 de junio de 1869, este mismo diario da cabida a una nota de *La Vanguardia* de Cuenca que decía que Carvajal era perseguido como un criminal por el Gobierno, no por el hecho de haber robado las arcas municipales de varios pueblos de aquella provincia para una causa justa —destronar a Isabel II—, delitos que debían haber merecido, como en otros casos, indulto o sobreseimiento, sino porque resultaba sumamente molesto a Prim. En desagravio se le nombraba Presidente honorario del Comité Republicano de Cuenca.

Con motivo de la revuelta del 69, en la que pereció Carvajal, la Junta Central de los Pactos Federales de Tortosa, Córdoba, Valladolid, Coruña, Eibar, etc., publicó un manifiesto —que se dio a conocer el 1.º de febrero de 1870— que aludía al desencanto que produjo aquel fracaso<sup>54</sup>. Decía entre otras cosas:

«Este movimiento popular, el primero que se hacía en España sin previa conspiración y sin ayuda del Ejército, sirvió de bautismo de sangre al partido republicano federal». (Habla de las muertes de Guillén y Carvajal).

Como afirmó Hennesy: «Con la primera expresión práctica del federalismo pactista» la iniciativa del movimiento pasó «del

<sup>53</sup> Respecto a los retos que Carvajal hizo a Prim y al gobernador civil de Alicante, Manuel González Llana —que por eso tenía particular interés en su captura, que juzgaba una «cuestión personal»—, se puede consultar el artículo «Albicias», en *La Revolución*, 18 de agosto de 1869.

<sup>54</sup> Vid. *La Revolución*, 14 de mayo de 1870; Y Hennesy, pág. 127.

partido parlamentario a los federales de provincia». La insurrección republicana de comienzos del otoño del 69, no hizo retroceder posiciones a Pi y Margall, como creyó este autor, puesto que dio mártires a su causa, pero sí acierta al afirmar que ya se vislumbraba como un peligro la facción de Castelar<sup>55</sup>. Sabemos que los castelaristas unitarios desde el Poder harían claro recurso al Ejército (y que el mismo Pi y Margall se vio desbordado por la triple insurgencia: 1) republicano cantonal, 2) carlista, 3) cubana, que no podía ser sofocada sin el concurso de los «espado-nes», lo cual chocaba con los planteamientos anteriores, anti-militaristas, de los pimargallianos).

### C) A MODO DE CONCLUSION

¿De qué manera podríamos «clasificar» a Carvajal dentro de las coordenadas sociohistóricas del XIX y desde las actuales? Por principio estamos en contra de catalogar o etiquetar a las personas, aunque sea «a posteriori». Puede resultar a veces fácil, pero rígido y hermético, porque cada personalidad es compleja, polimorfa y contradictoria (aun aquella que pueda parecernos más coherente). Los seres humanos están sujetos a cambio, como la Historia y la vida misma. Su destino es amar y comprender (o comprender y amar) y los sentimientos y los pensamientos evolucionan. También sufren mutaciones, por suerte o por desgracia, sus *intereses*. Pero hemos de reflejar aquí una breve síntesis, de algún modo, del tipo humano de nuestro personaje. En *La Revolución* (27 de agosto de 1869) se reprodujo un párrafo de *El Ampurdanés* de Figueras y otro de *El Boletín Republicano de Algeciras*. En ambos se repetía una misma definición de Carvajal a quien se calificaba en vida de: «incansable obrero de la regeneración social de nuestra patria».

<sup>55</sup> Después de la insurrección de fines de septiembre y principios de octubre del 69 el partido republicano quedó totalmente desorganizado. En Madrid se celebró del 6 al 31 de marzo de 1870 una asamblea de los republicanos federales en la que representantes de 48 provincias eligieron presidente de la misma a Pi y Margall. Observa Hennesy: «La pequeña minoría que apoyaba a Castelar era un presagio peligroso» (pág. 127).

A la vista de cuanto llevamos investigado sobre sus ideas y actuación, aparece como un criptorrevolucionario, de pensamiento socialista, que había contactado, en su condición de refugiado político, en Francia y otros lugares de Europa y del Norte de Africa, con socialistas utópicos y científicos y con cabecillas del obrerismo internacionalista. Conspiró contra Isabel II en 1854 y en el bienio 1866-68. Del progresismo esparterista —confluencia lógica, que no defección— pasó a formar parte de las filas del partido demócrata, y ya dentro de éste estuvo muy próximo a las doctrinas de Proudhon y Pi y Margall. Aunque debió leer el *Manifiesto Comunista* (lanzado en enero de 1848 por Marx y Engels, en Francia) y tener conocimiento de la aparición, en 1867, del primer volumen de *El Capital*, no se nos antoja un marxista (o si se prefiere un socialista científico). Su vena subversiva era más bien de cariz anarquista con un subyacente fondo de espíritu cristiano primitivo, evangélico, milenarista. Su nihilismo es fruto de un impulso sentimental (más que resultado de un proceso sereno de intelectualización). En su afán de destruir para poder edificar un mundo mejor, de quemar para purificar, de lograr un comportamiento individual y colectivo más humano —y por ende solidario y justo—, se aproximó a los anarquistas y anarcosindicalistas.

En sus artículos en *La Revolución* de corte costumbrista asoma la corriente realista. Se trata de aquéllos en que delata las lacras del país oficial (las «covachuelas» de una burocracia lenta, el nepotismo, el enchufismo). Aunque de peores factura y estilo literario, algunos recuerdan a los de Mariano José de Larra, inclusive por su pesimismo. En aquellos otros en que aborda cuestiones políticas o socioeconómicas, sus planteamientos teóricos resultan muy endeble, máxime si se les compara con los escritos de Pi y Margall, José M.<sup>a</sup> Orense y Castelar —o sus discursos— que son reproducidos en este diario. En estos se impone una visión romántica y la tarea de análisis resulta muy poco rigurosa. Rara vez acreditan que el autor esté en posesión de dos títulos universitarios (Derecho y Filosofía y Letras).

A caballo de dos épocas culturalmente distintas: fin del Romanticismo (que hace crisis en 1848 coincidiendo con la quiebra del socialismo utópico) y auge del Realismo (y también del

Positivismo y del socialismo científico), guardó más concomitancias con la primera que con la segunda. Vino a ser un epígono del arquetipo del bandido generoso (que robaba al rico para socorrer al pobre) que pasó a convertirse en tópicos de nuestra Guerra de Liberación (1808-1814). Se adelantó, sin embargo, a su tiempo, pues constituyó también un avatar del guerrillero-intelectual, a veces criptomarxista, de los años 60 a 80 del siglo XX, que ha contribuido con las armas y la pluma al derrocamiento de corrompidas dictaduras en Hispanoamérica. Al británico Mr. Witt y a su compatriota el cónsul Mr. Turner, la España del XIX se les antojaba un país tan atrasado como hoy nos pueden parecer subdesarrollados los del istmo centroamericano (y Cartagena casi una colonia británica).

Si la guerrilla fue una táctica bélica «romántica», adoptada por los hombres que se situaban al margen de la ley e integraban «la partida», siendo sus corolarios políticos: «la conjura», el «pronunciamiento», los «lances de honor, retos o duelos» (surgidos por avatares políticos y a veces privados, interfiriéndose), y las «sociedades secretas y masónicas» (de misteriosa coreografía), hemos de hacer hincapié en que todos estos procedimientos vital-afectivos, enfrentados a los poderes públicos constituidos, están presentes en la aventurera y errante existencia de Froilán Carvajal.

Fue «ideólogo» y «hombre de acción», con más méritos para la segunda a nuestro entender, pues estuvo en posesión de una enorme carga emotiva, sentimental y de una fuerte dosis de idealismo, las cuales se acababan siempre imponiendo a su capacidad de raciocinio. Ello sin degenerar en extremos de neurosis o en mitomanía (si entendemos la neurosis como una *reacción vivencial anormal*). Las pautas de comportamiento de Carvajal fueron *normales* dentro de los parámetros del tipo humano romántico. Sender lo reflejó muy bien.

«Somos implacables con el que nos ataca, dignos con el que nos vence y piadosos con el vencido». (*Mr. Witt en el cantón*, pág. 109).

En efecto, el cliché del guerrillero, del faccioso, acaba prevaleciendo sobre el del escritor, periodista y poeta, y sobre el del hombre que había cursado Leyes y Letras. Ciertamente que con el

título de abogado en la España del XIX se podía *hacer carrera* (para empezar, obtener un escaño en las Cortes, a lo que no se prestó nuestro personaje). No perdamos de vista, no obstante, que, sobre la conflictiva dinámica social del sexenio revolucionario gravitaban la aguda recesión económica de 1866 y las escasas salidas profesionales para los sectores mesocráticos (incluyendo titulados con estudios de grado medio y superior). Se creía —y así lo afirmaba Froilán, notario sin plaza, en sus artículos en *La Revolución*—, que con el federalismo se crearían, a nivel provincial y local, puestos en la nueva administración civil. Recordemos, por otra parte, que la guerrilla y la partida, mal endémico del agro español en el siglo pasado, convertidas en «modus vivendi», contribuían a regular el desequilibrio entre población e insuficientes medios materiales de vida.

Frente al pragmatismo de la clase dominante, contrasta el ingenuo y candoroso idealismo (y el fanatismo político) de Carvajal. Como él, Cánovas del Castillo participó en la Vicalvarada (redactando el célebre Manifiesto del Manzanares: «Queremos el Trono sin camarillas que le deshonren»). Al igual que Froilán, Prim conspiró en 1866 contra Isabel II y gritó en 1868: «¡Viva la España con honra!». El primero sería el artífice de la restauración alfonsina. El segundo acabaría mendigando un rey por las Cortes de Europa hasta lograr sacar adelante la candidatura del duque de Aosta para el Trono de España. Los antiguos revolucionarios (procedentes del progresismo o la democracia) paulatinamente se deslizaban hacia la derecha, sin que Carvajal recuperara su capacidad de asombro. Ruiz Zorrilla cooperaría en las tareas del Estado con Sagasta durante el reinado de Amadeo I de Saboya. El segundo se turnaría en el Poder con Cánovas durante la Restauración (el ingeniero de caminos se transformó, en frase de Cepeda, en «un pantano de aguas remansadas» y más tarde en el «Viejo Pastor»). Castelar, por su parte, se haría posibilista. Maisonnave, generoso en dar dinero e instrucciones en 1868 a la Columna Republicana de Carvajal, integrada por facciosos, ocuparía primero la cartera de Estado y luego llamaría piratas y bandidos desde el ministerio de la Gobernación a los disidentes de Castelar, los cantonales de Cartagena. Vamos a constatar la evolución de este personaje a quien en otro artículo hemos llamado «la contrafigura de Carvajal».

Como en *El Eco de Alicante* se escribió que la revuelta republicana del otoño del 69, en esta provincia, estaba sufragada por el oro de los insurgentes cubanos (el grito de Yara se produjo un año antes, octubre del 68), Maisonnave se dirigió al director de este diario en carta reproducida en *La Revolución* (23 de octubre de 1869) en los siguientes términos:

«El periódico que Vd. dirige *trataba de desprestigiar ante el país al partido en cuyas filas milito con orgullo... nos presentó como a una horda de salvajes...* y hasta se atrevió a decir que estábamos vendidos al oro de los cubanos».

Compárese este testimonio con el telegrama que, como ministro de Castelar, dirigió en 21 de septiembre de 1873 a la población alicantina:

«Antes de abrir las puertas a esos bandidos, antes que vernos humillados por esos infames, es preferible ver arrasada la población (...) La mayor obra que podía haber a Alicante es la que la insurrección cantonal muriera en sus playas».

Para que la exégesis de textos y el paralelismo entre historia y ficción queden más fijados, traigamos ahora a colación las palabras de Antonete a Mr. Witt:

«Quizá hoy mismo, y si no mañana, vendrá de Madrid un acuerdo situando fuera de la ley a nuestros soldados, a los que llamará forajidos. A nuestros barcos, a los que declarará piratas»<sup>56</sup>.

Y para terminar, no olvidemos las advertencias de Mr. Witt al periodista del *Times*, la prensa oficialista y los comunicados gubernamentales exageraban los actos de barbarie y de anarquía de los cantonalistas a quien colmaba de insultos e improperios.

La oligarquía dirigente acabó asimilando en sus cuadros políticos (1874-1902) a los jóvenes procedentes del ala más radical de la Unión Liberal, el esparterismo o la democracia. El joven poeta conquense tan sólo encontró una muerte romántica, como su vida. Su final, altruista y generoso, no es por ello menos absurdo y doblemente lamentable, puesto que el indulto pudo llegarle a tiempo. No convino a lo que ahora era ya «status

<sup>56</sup> SENDER, *Mr. Witt en el cantón*, op. cit., pág. 102.

quo». Se había convertido en un revolucionario peligroso, mo-  
toso, para sus compañeros de la víspera. Murió en aras de una  
idea, como fue su deseo y recogió Sender en estas cartas a Mi-  
lagritos. Ellas cierran nuestro trabajo, pues aunque sean ficti-  
cias, reflejan muy bien la psicología del personaje que nosotros  
hemos desvelado a través de *La Revolución*.

«Me parece muy mal lo que me dices. Eso de consagrarse por vida a una causa está bien en nosotros. Vosotras debéis consagraros a un hombre ennoblecido por la causa que sirve. ¿Comprendes la diferencia? Pero eso pocos hombres lo alcanzan y menos aún lo merecen. Mira a tu alrededor, Milagritos, y ve calculando y tanteando sin dejarte cegar. Las pasiones nos arrebatan, nos arrancan de nuestro ser y nos llevan a la muerte. La cuestión está en ir más a gusto que nadie. Acuérdate de aquella tarde junto al balcón, cuando lloraste tanto. «Tu has encontrado ya tu camino —me decías—. ¿Por qué no me lo encuentras a mí?». Ese camino se lo encuentra cada cual, Milagritos. «Llévame» —me pedías—. ¿Adónde? ¿Sé yo mismo a dónde voy? Sólo sé que veo a mi alrededor el hambre, la enfermedad, el dolor, la injusticia y el crimen. Y que huyo de todo eso por el único camino que hay para el hombre que pisa la tierra con dignidad. El camino de la lucha a muerte contra los que hacen posible que todas esas miserias se perpetúen. Hay otra manera de huir de todo eso, cerrando los ojos y rodeándose de muros con tapices, de holandas y finos vidrios. Esa no es la mía ni es la que tú querrías para mí ¿verdad? No hay paz en la tierra ni la habrá ya nunca. El que se encierra entre tapices y cree que a nadie combate y de nadie debe temer está equivocado. Debe temerlos a todos. No seré yo de esos perros de cabaña que guardan el aprisco y comen el mendrugo en paz. Son los traidores de los lobos y los esclavos de los amos. Ni traidor ni esclavo, Milagritos. Prefiero el papel de lobo. *Como el lobo vivo y, si es preciso, como el lobo —dando la cara— moriré*. En los días en que estuve en tu casa lo pensé todo. La tarde aquella, junto al balcón —ya ves cómo la recuerdo, cómo destila dulces acentos sobre mi alma— tuve que cerrar los ojos y apretar los dientes muchas veces para no verte, para no oírte. Quizás desde entonces hayas vuelto a llorar allí mismo y a la misma hora. Me duele, pero al mismo tiempo me conforta, me abre resquicios azules en el cielo cerrado bajo el que vivo con los míos. Yo te quiero bien, Milagritos. Creo que el mejor cariño es este que nos permite abrir de par en par nuestra conciencia, sin cuidados, sin re-  
celos. A mí me gusta poder decírtelo todo. Y por eso te digo que me gusta que llores alguna vez acordándote de aquella tarde». (Págs. 107-108. El subrayado es nuestro.)

.....

«Milagritos: ¿Qué dices? ¿Tú sabes que nada tiene valor en el mundo si no está sazonado por la verdad y la justicia? En Lorca debéis atender a todos los nuestros, darles pan, dinero, lo que tengáis... No os quemarán la casa. Los absolutistas no irán, y si van ya me enteraré yo. Hasta donde llegan las razones, se razona. Allí donde no llegan palabras llega el plomo... Yo bien. No me falta lo preciso. Ya sabes lo que te dije el año pasado, cuando estuve ahí. He encontrado el camino y nadie me separará de

él. Es duro y áspero, pero lleno de satisfacciones interiores...». (Páginas 106-107).

**Sender nos refiere su muerte:**

«El oficial se destacó del piquete que había quedado formado frente al reo y vendó a Carvajal los ojos con un pañuelo. *Carvajal se crispó y gritó algo, alzando el brazo espasmódicamente*. Al mismo tiempo se arrancó la venda, y Mr. Witt lo vio con la venda en la mano, con los ojos abiertos, casi desencajados, sediento del plomo con que lo amenazaban». (Pág. 125. El subrayado es nuestro.)

Aquí difiere un poco del relato de *La Revolución*: Se mantuvo sereno. Su grito fue «¡Viva la República Federal!»<sup>57</sup>.

<sup>57</sup> *La Revolución*, 26 de julio de 1870.